

croniquettes * funesiana

Хотын тээврийн газар
100 ₮

Misoginia latina

Joaquín Linne



Г 0330668

Misoginia latina



Misoginia latina



Joaquín Linne

funesiana
| 2020 |

- ||||| Linne, Joaquín
Misoginia latina / Joaquín Linne. 1a ed DIGITAL
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Funesiana, 2020.
(Croniquettes / Oliveira, Lucas; 1)
 - ||||| * *Misoginia latina*, de Joaquín Linne integra la colección
Croquettes a cargo de Lucas Oliveira
 - ||||| 1° edición en papel: 2009
2° edición en papel: 2010. Actualmente disponible.
 - ||||| Bosque colombiano: Jay Mantri
-



copie, reenvíe
preste, fotocopie
comente, corrija
tache y vuelva a copiar
citando todas las fuentes

diseñado en talleres propios ubicados en
foresta, buenos aires, argentina

primera edición digital PDF
versión 1.3
| octubre de 2020 |



*Milton, encargado nocturno del hostel "Friend's Home"
y su novia sueca. Ella vive en Suecia y él en Lima, pero
Skype mueve fronteras y transporta corazones.*



Viaje y vuelve

viernes 26 de diciembre de 2008

*

Llegó el día. Algunos pasan la barrera de la luz –otros la barrera baja, el semáforo rojo, la barrera ética o cosas más positivas– y yo paso la barrera de los quince días de vacaciones. Del viaje burgués al viaje hippie–burgués. Juguemos a que somos lo más autóctonos que podamos. Esa camperita palermitana mejor no la llevo, ¿no? ¿Me robarán? ¿Me tratarán bien? ¿Las chicas me querrán? ¿Y los indios? ¿Y mis compañeros circunstanciales de viaje? ¿Y los vendedores? ¿Sabré regatear? ¿Podré no ser estafado en cosas importantes? ¿Seré ahorrativo y bueno? ¿Aguantaré el transporte boliviano? ¿Podré armar la mochila de modo más decente y no como si me hubiese quedado en los ocho años de edad a nivel orden y estrategia mochilística?

Lo importante, por lo pronto, es alejarse de la ciudad, de Internet (mi primer año de banda ancha me dejó secuelas irreversibles); alejarse por sobre todas las cosas del querido núcleo familiar (lo primero es la familia, en cuestiones relativas a la felicidad o infelicidad) y nunca pero nunca mirar atrás.

¿Mandaré mails? ¿Moriré de sobredosis? ¿Encontraré algún chamán? ¿Y a la Maga?

En Navidad, un borracho durísimo llamado Patán (performer y artista visual), amigo de un tal Pómez (escultor y tal vez dealer como el otro), me dice: —¿Sos ignorante? ¿No conocés a Castaneda?

Lo malo de la gente que por dedicarse a la cosa artística se cree demasiado superior al resto —y lo malo de la gente que toma merca, en general— es que se vuelven reactivos. En la piel se les genera una reacción química que aleja a quien está alrededor. No sé, será como el yuppie pobre, que apostó todo a tener mucho dinero y fracasó estrepitosamente. Hay que diversificar. Sino, de pronto te despertás y lo único que tenés son tres pastillas para venderles a unos adolescentes y una y media para tomar vos.

Y en el barrio todos te dicen Patán.

En fin; amiguitos lumpen de los amiguitos de mamá. Impresentables. Quien no haya tenido —o vaya a tener— un período levemente trash o bohemio que arroje la primera jeringa.

Huye mientras puedas.

Acá en la casa, felicidad. Mujeres maduras —autonombradas ‘chicas’— se reúnen alrededor de mi madre para festejar algo (¿mi partida?).

Por un día, en la casa somos todos felices.

Y por las mismas razones.

Bolivia

lunes 5 de enero de 2009

*

Bolivia es una experiencia radical (al menos en comparación a la Costa Atlántica). Igual está lleno de caretas en busca de Indiana Jones. Mucho estudiante de arquitectura de veintidós años en grupo numeroso o en pareja. Stop.

Vos por otra parte tampoco sos de San Salvador. Toda una vida de sobreprotección y de pronto estás en una casa de adobe tratando de dormir, en tu cabeza vinchucas y arañas y otros insectos malos. Tenés insomnio y compartís cuarto con dos chicas muy católicas de Barrio Norte que usan expresiones como 'súper ateo', 'es divino ese indio' y diminutivos en momentos raros. Stop.

Mili y Lu. Stop.

Se te caen algunos prejuicios. Las chicas del acento 'norteño' y con padres del Opus, por alguna razón regatean muchísimo mejor que vos y que tu amigo de La Matanza. Tu obsesión por el regateo genera roces con tu amigo. Vas a tener mucha plata, te dice. Pensás en contestarle 'vos seguro que no' pero stop.

Salís del cuarto de adobe y ves a tu anfitriona (Lola, 72) sacando a pastar a sus ovejas. Una con poca suerte es agarrada por Lola a la tarde. Lo real es una anciana carneando una oveja y el repiqueteo en cámara lenta del animal, la sangre, el marido borracho y rengo, Anacleto. Stop.

Anteayer viajé en un banquito en el pasillo de un micro y un boliviano me empujaba la espalda para usarme como respaldo. Lo que no te mata te bolivianiza. ¿Cómo va todo por aiá? Stop.

Acá poco inglés y duro el regateo. Hora de cuidarme en las comidas por flora intestinal delicada. Potosí, lindo aunque áspero. La soledad no está tan mal aunque por momentos es duro. Cómo dejar de fumar. Stop.

El tabaco es tu pareja. Hasta que deja de serlo. Stop. Mañana se va mi amigo y me quedo solo. Por suerte me protege diosito. El amor es como la serpiente que solo pica a los descalzos, decía hace un rato un dirigente del MAS respecto del poder judicial. Stop.

La comunicación es difícil, el boliviano habla otro idioma. Aprendo un poco de mis torpezas sociales. Internet es un espejismo desmaterializador y lo real son las relaciones con las personas. La conexión. Conectar y desconectar. Amor y desamor. Amistad y después: stop.

Potosí - La Paz

jueves 8 de enero

*

Lo bueno de viajar es la velocidad con la que generás y dejás atrás pequeñas socializaciones.

Estás en la puerta de una habitación, en el Copacabana Hotel, en Potosí. La cerradura se traba, está forzada. Junto a vos, Sebastián confía en tu habilidad para reproducir los movimientos del conserje andino. Por el fondo del pasillo aparece una rubia que les dice que, si no pueden entrar a su cuarto, vayan a tomar clericó a su habitación. No todos los días te hacen una invitación así.

En el cuarto hay un pibe rubio con ropa Nike y un pibe de pelo castaño con anteojos culo de botella. Decís cosas que hacen reír a la rubia.

Ella es de Palermo y estudia fotografía. El de anteojos –líder que hace el clericó que ‘emborracha y alimenta’– estudia Historia y el pibe rubio Hotejería. Los dos son de Bariloche y residen en Buenos Aires. Mañana se van para Sucre en la camioneta del de anteojos, después siguen para el Amazonas. El pibe rubio se despide de los otros dos –la pareja– y vuelve a buscarlos en dos semanas.

Dejan a la rubia en la frontera con Argentina y suben para Perú. Vienen de Chile.

Tratan de vender la camioneta Chevrolet Astro (importada de EEUU; no se conoce en Argentina). Tienen una sola posibilidad y si no hay suerte van a probar en Paraguay.

*

Al poco tiempo estás caminando por Potosí, hacia el mercado, con los dos amigos que hablan todo el tiempo entre sí. La rubia se quedó dormida. Es un trío en medio de una road movie y vos sólo tenés un pequeño papel, un bolo. Sebastián se fue a dormir. Vuelven al cuarto, tienen un ipod y su base con parlantes (el líder trabajó varias temporadas en EEUU) pero no tienen batería. Discuten sobre quién tiene la culpa y quién va a ir a la camioneta a buscar el cargador. Comentan idioteces. Se creen genios en movimiento. Te vas. End of socialization.

En la sala de estar del hotel está el grupo de rosarinos súper fumado. Consiguieron marihuana. Pasan unas tucumanas pero, como diría Evo, no hay reciprocidad. La esperanza está puesta en Cuzco, en El Camino del Inca.

Conversás un rato y te vas a dormir.

*

La imponente ciudad de la Paz tiene forma de olla. A la noche ves todas las lucecitas de El Alto (la parte alta de la olla) y es raro, son como estrellas

de colores o casas con luces, donde debería estar el cielo.

Bolivia es un país de autos japoneses y puertas bajas. Al menos en Occidente, el andino es lampiño, bajito y morocho. Todo indica que sos gringo.

Un autodenominado amauta (filósofo andino), bastante verborrágico y parecido a Evo, nos pregunta si somos de Argentina o Uruguay.

Me viene bien conseguir un guía porque desde que salí de casa mi sentido de la orientación es igual a cero. Debí haber ido a Sucre pero los viajes son estresantes. A la vuelta, maybe.

Tengo cuarto solo (extrañaba la soledad) pero las chicas no aparecen. Una amiga por mail insiste con diferir la libido hasta Cuzco. Estoy leyendo a un catalán simpático, Josep Plá (sus diarios) y escribiendo el mío. Al menos para ser consciente de mis torpezas y mi falta de roce social.

Bolivia es un mundo pre-moderno y pre-inflacionario. Ayer almorcé por nueve bolivianos (\$ 4,50): entrada de mortadela con ensalada + sopa de arroz (genial) + arroz con pollo y fritas + coca.

El regateo en general es difícil:

—¿Cuánto, jefe, los Halls?

—Dos.

—¿Uno cincuenta?

—¡Dos!

—Ok, dos, no se enoje.

En fin, estoy con un grupo de estudiantes de Comunicación de la UBA (es difícil dejar la

endogamia), son copados y me viene bien un poco de gente mayor (treintañeros) después de tanto muchacho/chica de veintidós. Me gustaría conocer a alguna italiana o algo así.

Como dice Evo, estamos avanzando.

Cuzco

viernes 16 de enero

*

Llegamos a Cuzco a la mañana. Éramos cinco pero uno se agarró una infección intestinal en Copacabana y se volvió con su novia a La Paz. La Isla del Sol es un bluff: los únicos que son simpáticos son los chanchitos que pasan por la playa. A la madrugada se llevaron toda la comida que habían traído los rugbiers junto a la carpa y alguien se choreó dos pares de zapatillas (de cinco, de la misma carpa).

Adolescencia, argentinidad y rugby es una combinación nefasta.

Llegamos a la parte sur. Caminamos tres horas. Nos cobran peaje los de la comunidad. Llegamos a la Playa Norte, que parece una playita exclusiva de Mar de las Pampas.

Con el tiempo pasado en Bolivia uno se vuelve fóbico al argentino, al chileno y al cordobés. Sobredimensionada seguridad ontológica, glotón, invasivo, expansivo. En fin, Cuzco parece más cosmopolita (es decir, el 90 % de los turistas argentinos en Bolivia se disuelve en más colores nórdicos-europeos). Me pregunto por qué me cae bien el europeo y por qué

no me molesta tanto el brasilero. El europeo es silencioso, casi no lo detectás. El brasilero es jodón, adolescente pero está en la suya, están en el fondo del micro haciendo bardo pero es un bardo interno, alegre, tan idiota como inofensivo. El problema con el cordobés, el chileno, el argentino (y ayer me crucé con un grupo de paraguayos y unas chicas tucumanas, todos de esa nefasta protoclase media-alta miserable y tacaña que tan bien retrata Martel) es que está quejándose todo el tiempo y cuándo no, hacen chistes idiotas.

Verborragia, miserabilismo e instinto policíaco. Voy a tratar de escapar al menos del instinto policíaco y, con un poco de esfuerzo, del miserabilismo. En fin, yo también soy argentino y porteño. Gringuito.

El sol peruano está 10% más caro que el peso argentino pero en el mercado comés por tres pesos. Difícil escapar del frito: pedís arroz con huevo y te traen además papas, huevo y salchicha, todo freído en un aceite usado.

Lo mejor de Copacabana es la trucha. El resto es una plaga de langostas consumistas o hippies que se creen una mezcla del Che y Bob Marley y se llaman genéricamente argentinos.

Mis compañeros de viaje dicen que etiqueto demasiado, todo el tiempo.

Hay que buscar un hotel porque en el que estamos nos dieron la habitación junto a Informes y fue una tortura. Turistas, todo el tiempo, preguntando idioteces. Más tarde cae un peruano hablando de

modo largo, pausado y cansino sobre Machu Picchu. Usa el «nosotros» como político en campaña. Ofrece sus servicios y su tarifa en dólares: y entonces iremos a Aguascalientes, comeremos un almuerzo liviano y caminaremos...

Recuerdo al hijo de una amiga de mi madre que en Navidad me dijo que se metió por un camino ilegal. Llegó en lianas todo embarrado. Un guardia le pidió la entrada. Pasó una noche en la cárcel. Duro. La ilegalidad siempre es tentadora. El contra-robó.

Llueve otra vez. Todos los días. Perú es parecido a Bolivia pero un poco más facho y con un poco de glam. Oriente. Si a eso le sumás la pobreza, el nacionalismo, las bicis y moto-taxis, los viejos y chiquitos autos japoneses, estás bastante cerca de Vietnam.

El hostel del procurador

domingo 18 de enero

*

Al igual que en La Paz, donde parece que 'la movida' está en el hostel El Carretero, acá tampoco encontramos lugar en Fénix, pero encontramos, a la vuelta, otro hostel que es bastante lindo. Además de la cocina (un bienpreciado que se extingue al salir de Jujuy: nadie quiere caer en cama y tener que volverse por un plato económico cuyas condiciones sanitarias son indeterminadas), este hostel tiene una terraza de puta madre. Estilo deck, con techito, sillones y una vista impresionante de techos de tejas. Ningún edificio ni dealers agazapados en los rincones oscuros. Anoche, uno de mis amigos compró un papelito por doce soles y ahora está en algún lugar de la ciudad. Yo, chico bueno y católico, me acosté temprano después de algunas secas y una cerveza. Me levanté a las nueve y mi amigo tomaba en la terraza. Siguió así hasta hace un rato, que dijo voy a caminar. Algunos duermen y otros no. Cuzco es demoniaca. Pedro y Pablo, los españoles que conocimos en el hostel, dicen que México DF está llena de europeos mendigos que se quedaron atrapados en la ciudad. En

Cuzco hay mujeres que te ofrecen distintos tipos de masajes, desde el tailandés al palahniukiano de los pies. Una hora por quince soles. Somos racionales y conservadores y no nos animamos a entrar a un lugar demasiado oscuro.

Pedro y Pablo promedian la treintena y están de viaje hace siete meses, bajando desde México.

El gitano Pedro se metió al mar en Lobitos, una playa peruana cerca de Tarpica (pasando Lima). Como vive en Ibiza, dice, está acostumbrado a nadar desnudo. Acá se metió con el bañador pero después se lo ató al tobillo y estuvo en el agua cinco horas. Cuando salió sintió cierta molestia en el miembro. Al día siguiente vio que tenía una infección. Le había picado una medusa (agua viva). Hace una semana, en otra playa peruana, le picó algo (quizás una araña de mar: son venenosas y acechan cerca de la orilla) y el tobillo empezó a hincharse. Una semana después, reposa en la terraza del hostel y todos los días se levanta para tomar un taxi que lo lleve al hospital, se tira boca abajo en una camilla, se baja los pantalones, le dan dos inyecciones y entre dos enfermeras le aprietan la herida infectada para sacarle el pus y el veneno. Duro.

Pablo es profesor de Matemática y Física, pero en sus ratos libres se dedica a la música y a viajar. A diferencia de Pedro, Pablo viaja con seguro médico pero no le pasó casi nada: sólo tuvo que sacarse dos muelas.

Así que aquí estamos: varados por diferentes motivos en una terraza encantadora. Dos catalanes que

pasaron demasiadas temporadas en Ibiza se dedican a tomar antibióticos, parecen en boxes, añorando el standard básico de salud que les permita salir a desplegarse en la noche. Pablo toca rumbas y canciones flamencas. Tiene un rasgueo muy personal que combina con percusión y sonidos que hace con la boca (estilo trompeta, su ex-instrumento). Su cover de *Te echo de menos*, de Kiko Veneno, es contundente.

Anteanoche fuimos a un boliche lleno de argentinos y se me pegó un guía turístico de Arequipa: Juan Carlos. Al principio era un peruano simpático con el que intercambiábamos datos de países distintos pero pasaron las doce y se convirtió en una garrapata. En un momento nos cruzamos en la plaza con los rugbiers y se pusieron a hablar de fútbol. Más tarde entramos a un boliche llamado *Mamma Africa* y por diez minutos el arequipense me reclamaba que debería haberlo defendido, es decir, haber alabado al fútbol arequipense, del que no tengo la más mínima idea. Hago lo que puedo, le dije y alguna frase que no recuerdo pero supongo que más efectiva porque no volvió a mencionar el tema. Por suerte se quedó dormido en un sillón aunque sobre mi campera. Me crucé a unas limeñas y les pregunté cómo resolver la situación (sacar mi campera sin que se despierte Juan Carlos). Sólo sácalas, me dijeron. Efectivamente, el arequipeño era un tronco.

Tanto hablar de Cuzco, la noche cuzqueña, bla bla bla y todavía no la vi. Lo que sí vi es el fácil acceso a las drogas. Pero estos dos boliches son una

mierda. En el de argentinos puros (95% argentinos, 5% limeños, arequipenses y otros) hay una voz en off aporteñada que cada media hora dice: chicos y chicas, por los próximos cinco minutos, todos los tragos y la cerveza, dos por uno, ¡aprovechen!

Algo simpático del mercado son las señoras con sus puestitos de jugos de frutas (por la cercanía de la selva, hay mucha fruta barata). Pasás y mientras agitan el diario del día, te dicen: pase, amigo, pase, joven, siéntese.

Leer el diario y tomarte una jarra de jugo de papaya con naranja: dos soles y medio (tres pesos). El lugar supongo que se parece a lo que era antes el Abasto. Un gran mercado de puestitos apretados, pasillos angostos, moscas, olores de frutas, carnes, verduras y aceite friéndose.

La primera noche en Cuzco (van dos) mis amigos compraron unos papelitos en el boliche argento. Eran las ocho de la mañana y estábamos caminando por la parte alta de Cuzco. Yo no podía más (siempre fui un chico sanito que sólo toma alcohol) y mis amigos de una semana se habían convertido en Jekyll y Hyde. El Guasón y el muerto vivo. Uno era Tarzán y el otro el Hombre de Hojalata. Superman vs. Dimitri el teletubbie.

La última cerveza que tomamos en el boliche fue una tortura. El Guasón estaba por ahí, correteando chicas. Y yo me había quedado cerca de la barra con Dimitri. Apareció una cerveza y mi compañero tomó y me convidó. Yo no podía tomar más nada así que

se la devolví. Él insistía como ofendido. Después de repetir la misma secuencia (tomar un traguito y devolvérsela), empecé a fingir que tomaba y la devolvía. Suerte que no se dio cuenta porque la White Powder te puede poner malito.

En fin, por lo pronto volví a mascar coca para alejarme del tabaco. Todos fuman alrededor y es difícil no robar secas. Me mantendré incólume, estoico frente a esta Sodoma y Gomorra andina. O no. Lo más preocupante, como siempre, es la economía. El riesgo es gastar el dinero de varios días en una noche de excesos. El exceso blanco te lleva a un consumo continuo y extendido de cerveza y la cerveza es cara. Y bajar es difícil.

Por otro lado, la gente habla del San Pedro. En el mercado te venden por diez soles una botellita de gaseosa rellena con un líquido verde. Dicen que es San Pedro hervido por siete horas. Tenés que tomarlo en ayunas porque si no lo vomitás. Y hay que estar en un lugar abierto y con alguien que te cuide. Otra droga posible para el gringo sodomizado por el capital y la vida burguesa en busca de aventuras latinoamericanas e indómitas en sus cortas vacaciones.

Dicen que el mejor modo de conocer una ciudad es perderse en ella. Yo, por ahora, camino por las avenidas.

Cachipun

relato gringo-cuzqueño
con moraleja posmoderna

*

Salís de la terraza del hostel porque no puede ser que estés todo el día encerrado en una ciudad que casi no conocés. Además, cayeron unos chilenos que se parecen a los siete enanitos de los autos locos y un peruano que se parece demasiado a los actores que en Hollywood hacen de secuestradores o narcos o a un encuestador del sur con el que hiciste un boca de urna. Ya saben, piel morocha y granulada. Pelo negro pajizo. Mirada de indio no amiga de gringos.

Pero todo bien.

Un amigo dijo que él salía en un rato y le contesté que me iba ya. Compré golosinas, doritos (estilo doritos picante, pseudo-doritos ultra picante) una Inca cola y mandé mail a la sede peruana de una institución privada internacional quejándome de sus servicios.

Al salir del ciber vuelvo a la avenida y una simpática y morocha gordita me toca el hombro desde atrás. El envase de la Inca. Me había olvidado, perdón. Me prestó el envase pero me pidió que después se lo devolviera.

Pasamos por un locutorio y pienso en llamar a alguien aunque a veces las llamadas me parezcan falsas como las fotos. Un gesto turístico demasiado gastado. La gordita peruana conversa con otra chica. Dale este envase que está limpio, dice la otra. La gordita pasa el agua mineral de la botella limpia a la más usada (sin etiqueta). Me pasa la botella de agua mineral vacía, limpia. Paso la mitad llena de la Inca a la botellita de agua. Mientras lo hago muerdo el sorbete o pajita (acá le dicen cañita) y temo volcar pero lo logro. Misión cumplida.

Una vez más logro esconder lo inútil que soy para las cosas prácticas.

Caminás por la avenida una vez más pero ahora con una botellita transparente con un líquido amarillo y con una cañita. Es rica. Dejos de maracuyá. Das vueltas. Vas al baño en Mcdonald's (lleno: la gente busca constantemente recuperar su seguridad ontológica, especialmente en el gran sublimador de las frustraciones, la comida). Pasás por el callejón de los deseos, los dealers te acechan (lleno: la gente busca constantemente... bla bla bla), decís lo que le enseñaste a decir a un ex-acohólico y estadounidense: no, gracias. ¿No graciáis? No, gracias. Ah, ok.

Son las cinco de la tarde y estás en el balcón de un bar, que da a la Plaza de las Armas, tomándote un pisco sour. Llega un tipo rubio con canas y medio pelado que en ese momento te recuerda el principio de Lolita (¿yo sería Lolita?). Pide un cenicero, una copa de vino y se sienta a mirar el atardecer. Estás aburrido

y casi no tuviste oportunidad de practicar tu inglés. ¿Ireland or England?, preguntás para romper el hielo. Un amigo de viaje que se parece a Batistuta dice que siempre hay que empezar con un chiste.

Jim te cuenta fragmentos de su vida. Trabajó sin parar hasta los cincuenta años. Nunca se tomó más de una semana y media de vacaciones. Era Ingeniero en Programación. Había dejado de fumar pero estaban mal con su ex-mujer, ella empezó a fumar y él volvió. Se separó, renunció a su trabajo y profesión y se fue de viaje. Hizo tres veces la experiencia del San Pedro. Vio que la energía es irradiada por las montañas, las plantas y las personas. Le pidió a San Pedro que lo protegiera de la bebida y San Pedro le contestó: es solo uno el que siempre elige. Jim roza el estereotipo del estadounidense idiota que recién se da cuenta de lo interesante que es viajar cuando está por jubilarse. Yo comento que hace unos días, en Bolivia, comprendí que lo importante son las relaciones. Cómo vos te relacionás con el mundo, o sea; con las personas. Amigos, parejas, etcétera. I agree, dice el yankee. Te recomienda hacer la experiencia del San Pedro con la gringa. La casa de la gringa (Leslie) está en las afueras. 70 dólares. Uff. Dice que la experiencia puede ayudarme con la tartamudez. Le decís que no es tu mayor preocupación en este momento. Dice que igual, para las otras cosas. Jim aclara que el San Pedro es algo espiritual, no una droga. Unas chicas estadounidenses venían de consumir hongos (mushrooms, dice Jim) y querían probar otra cosa. El

‘espíritu’ que te admite o no para la experiencia (el ‘espíritu’ sería algo así como un Chamán que te tira las hojas de coca) las admitió. A la noche lo vieron a San Pedro. Se les acercó y les dijo: no soy una droga, soy espiritual.

Jim, al igual que los catalanes, viaja hace siete meses. Are you going down from México?, le pregunto. No. Estoy hace dos meses en Cuzco. Me gusta quedarme mucho en una ciudad. Conocerla. Los últimos cuatro meses los pasé en Asia. ¿Corea? No, Tailandia (Tailandia, pienso con un brillo en los ojos), Laos, Vietnam. Desde Nepal me vine a Cuzco. 27 horas de viaje. Pide otra copa de vino y yo otro pisco sour. Dice: aunque no me hayas pedido consejo, te lo voy a dar; te recomiendo hacer el San Pedro, que no es una droga sino algo espiritual. Le pido una seca del cigarrillo. Está roto. Nos despedimos en la puerta, junto al callejón de los deseos. Doy una vuelta para no pasar por ese callejón.

En el baño de Mcdonald’s te encontrás con una chica que te parece perfecta para la vida, la mesita de luz, la de café, la cama, las calles empedradas y empinadas de Cuzco y para compartir una cerveza. Pulóver de llama, sonrisa fácil, estatura femenina mediana, edad algo menor a la propia. Objetivo identificado. Robot acercándose a sujeto femenino. Presión arterial en aumento. Riesgo de paro cardíaco 7% (en aumento). Pensás en la cerveza pero decís: Hola, ¿no querés ir a tomar un rico capuccino?

Ella, más hippie que chic, dice: no, gracias, sólo vine al baño, no estoy acá.

La chica de tus sueños se fue, una vez más tu Cenicienta perfecta se convirtió en calabaza de piel palermitana. Y vos todavía no pudiste articular la palabra cerveza. Pensás en –premio consuelo– comprar una cerveza de litro fría y llevarla con unos falsos doritos picantes a la terraza del hostel.

Esa terraza se está volviendo peligrosa. El grupo de chilenos fantásticos se la pasa jugando al cachipun. Lo que allá decimos piedra, papel o tijera. Llego y digo: Chi-chi-chi, le-le-le. Yo pensaba en Chile bajo la magnífica conducción de Bielsa pero un chileno con poca centolla en sangre agrega: ¡Uni-ver-si-dad de Chi-le!

Peor hubiese sido un hincha de la católica; ¡U-ca-ca. To-to-to. Li-li-li. Ca-ca-ca! Los chilenos definen toda acción que debe hacer alguien del grupo por Cachipun. Ahora harán otro para ver quién enciende el tulipán (porro o chistoso con forma de tulipán). Gana el catalán, que necesita fumar para la inspiración. Canta *El caladito* con voz gitana-flamenca de bulerías. Los chilenos se van. Aprovechás para irte.

Escribís esto: un tipo de treintaipico con acento de porteño del norte dice a sus amigos mandá un besito a mamá y papá. Y que se vayan a la concha de la lora. Los inserts o mini flashbacks del pasado te salvan de un potencial suicidio o exilio. Siempre tuve problemas con los amigos (y con todas las relaciones humanas en general) pero ahora podría decirte que estoy bastante contento y orgulloso de los amigos que tengo. No me ufano de lo que tuve sino de lo que

tengo. Amigos. Una madre que vive en una casa con jardín y es adicta a Página 12. Un padre que a lo lejos y desde la comodidad del mail, parece convertirme, como en Volver al futuro II, en alguien mucho mejor de lo que sos. Una carrera que la gente no sabe qué es o le parece lejanamente interesante.

Chicas de carreras pesadas / serias / tradicionales / híperburguesas, sáquense por un sol una foto con la llama, con el coya fashion que vende remeras de diseño propio y se acuesta con gringas modelos, o con el sociólogo tartamudo que viaja solo pero se sumó al viaje de dos amigos comunicólogos en Potosí y no se acuesta con nadie.

Escribir es como sacar fotos: o vivís o fotografiás. ¿O ambas? Escribir es olvidarte de los comments y las visitas de los blogs.

Alguna vez tendré un affaire con el pisco sour, al atardecer; mejora la estadía en Cuzco. Si a veces se hace necesario cambiar de color, ver verde es mucho mejor que blanco (a menos que hablemos de un blanco sour).

El bluff de la noche cuzqueña

miércoles 21 de enero

*

Mañana salgo para Machu Picchu. En el hostel, Pablo trata de sacar *A perfect day*. Le voy a llevar la letra de *Lobo López*, de Kiko Veneno con Calamaro. Dice que se la sabía.

Después del Machu Picchu creo que iré a Arequipa, segunda ciudad peruana, costera, donde se come muy bien. Vengo de un Mc Pollo y un café en Mc Donald's, un no-lugar donde quería estar un rato desde hace días. Una japonesita chequea su vida virtual en una netbook con etiquetas de Inglaterra y otros países. Como si estuviese viajando hace años enchufada a esa maquinita. Pienso en hablarle pero digo no, para qué. Ayer reboté tanto que me dieron ganas de jugar al flipper.

La única diferencia en este Mclocal son las paredes y las mesas, que tienen un mapita pop de la zona cuzqueña y los tarritos que te dan para servirte aderezos como se hacían en el añorado Pumper Nic. Hay tres Ají Cuzqueños, o algo así. Probé el más suave: power. Ocote y otros ajíes no sólo te queman la boca (con la cerveza van muy bien) sino que después dejás

toda tu humanidad intestinal en el baño.

Hoy en el hostel voy a hacer de nuevo guacamole y el catalán repetirá su sólida tortilla española. Trataré de estar cerca para aprender. Hablé de Pablo y Ariel, grandes amigos cocineros y de aquellos duelos culinarios. Las chicas siguen rechazándome pero no importa. Hay que aprender a estar solo, a desobsesionarse, aprender que hay otras cosas importantes, otros modos de pasarla bien y convivir con esa constante aceptación/rechazo del mundo. La aceptación del mundo también es el cariño de los amigos, el reconocimiento laboral, la relativa paz con uno mismo (el mundo). Y un buen porro con siete chilenitos que viven su eterna adolescencia.

—¡Que lo encienda el argentino!

—Ok, chicos, no tienen que insistir mucho.

Ayer uno de los *exNacionalBuenosAires* –también adolescentes de 21 en plan viaje de egresados reloaded– con los que compartí las quince horas de espera en la terminal del tren de Villazón me dijo aprendimos a quererte. Simpática frase.

El catalán dice que ante las chicas tengo que esconder el humor negro y las miserias.

Por momentos tengo ganas de volver. Deberé seguir en este día de la marmota: porro, cerveza y rechazo de argentinas y un toque sádicas.

Ayer estaba bailando con una y después de dos horas me dice:

—¿Puedo decirte algo?

—Sí, claro.

Me lleva hasta las escaleras, apartados.

—Quería avisarte que entre nosotros no va a pasar nunca nada.

—¿Y para eso tenías que traerme hasta acá?

Por otro lado, un compañero se acuesta cada noche con una distinta. El objeto sexual de las chicas. Igual, peleo la zona de promoción.

En fin, me voy a comprar una palta y elementos guacamolescos.

Approaching to Lima

viernes 23 de enero

*

luche y vuelve, compañero, me digo (supongo que cuando uno empieza a viajar solo empieza a hablar más consigo mismo). todo pasa, inclusive el calor, le digo a un amigo porteño por mail (y en mi caso, la soledad). acá yendome en un rato de cuzco a lima, mis amigos porteños se vuelven y los terribles catalanes se van para arequipa. primera vez solo. lima es peligrosa pero supongo que interesante. en parte me voy de cuzco porque la plata se va en alcohol y drogas de modo terrible. dos días sin dormir. bolivia es mucho más barato por el cambio pero en especial porque no tiene noche. personajes simpáticos: un pibe de metro cincuenta muy amanerado que tiene una función rara en el boliche de los argentinos. agarra botellas, prende y enciende luces, corre todo el tiempo, pasa entre los altos rugbiers y sonrío con mirada ladina. una noche, borracho, conversamos. un dealer que te cuenta –en la terraza, al amanecer– que se fue de lima hace unos días porque encontró a su novia y a su mejor amigo juntos en la cama. y cuando te lo cuenta empieza a llorar. le decís algunas cosas

que te agradece. el alcohol te pone verborrágico. en la terraza, días atrás, chilenos tapados con sus bolsas de dormir, acostados en el piso de madera. tutankamon probó el san pedro a los veinte años. pero basta, volvamos a las cosas sanas. basta de drogas, alcohol, ahora vas a estar solo y te vas a tener que cuidar a vos mismo. como siempre pero un poco más. otra razón positiva para alejarme: estar con cuatro personas que fuman tabaco todo el tiempo y compran cervezas, sumado a algo de porro no es lo mejor para seguir sin fumar. pasé la barrera de no fumar cigarrillos enteros pero mantengo la de no fumar de día y no comprar. compré algún atado para 'compensar' a un amigo por los cigarrillos o mitades de cigarrillos que le fumé. pero se viene la limpieza. se viene el infierno cuzqueño. un amigo me dice: joya, llegás al mediodía, dejás la mochila en la terminal y a la noche te vas. ¿y no conocer lima de noche? veremos. extrañar: amigos, asados, una noche de rubias frías/distantes y fernets helados por palermo. dicen que viajando solo es más fácil conocer chicas. los catalanes dicen que lima es horrible y que hay mucho ratero y bazookero (adicto al crack o pasta base). be careful, brother. faltan dos horas para el viaje de 22 horas: miedo al colectivo, a las películas que van a pasar, a lima, a la soledad. pero todo lo que no me da miedo no me interesa. además, le dije a tanta gente que iba a llegar hasta ecuador que ahora no puedo no hacerlo. al menos subamos un poco más. además va a ser más barato. alejarme del turismo histórico cuzqueño y de

los catalanes y de mis nuevos amigos. volver a cero. siempre se pierde y se gana algo. adiós encantadora terraza, adiós metálico cuzco, adiós amigos terrazescos. volveré a esta ciudad pseudo incaica. a estas ruinas malditas y a este constante acoso de ofertas comerciales. o no.

Miraflores

sábado 24 de enero

*

estoy en lima, internet gratis en el relativamente agradable hostel en hebreo (shablul hostel: 15 soles la primera noche; 22 después; el resto sale 10 dólares per night; saladix lima) inesperado reencuentro con parte de mis raíces, además de lindas hamacas.... lindas hamacas paraguayas y sillitas, tomando cerveza zenda con un compañero nuevo de buenos aires que es enfermero. el resto, un español, un arequipense y todos israelíes. alienados viendo dvd's o jugando a la play después de dos años (ellas) o tres (ellos) del maldito servicio militar. como una colonia de ex-heroinómanos en etapa de recuperación. cenamos comida china. miraflores es linda, como una pequeña manhattan. lugar algo peligroso aunque no parece. desde acá es una mezcla de country, desperate housewives y california. falso pero real. en el supermercado vivanda –muy parecido a jumbo– cambio dólares porque en el hostel los dueños israelíes son más duros. 3 vs. 3, 15. escuchar todo el tiempo shalom, shalom me recuerda a un gran amigo.

el nuevo compañero circunstancial de viaje que

conocí en el bus –condenado a los argentinos– es más antisemita que yo y dice que le produce cierta incomodidad y que le gustaría más diversidad. yo, más empírico, le digo que también preferiría cuatro irlandesas, tres chilenas, dos italianas y menos hombres, pero es lo que hay, brother. yo con que las pocas chicas que hay hablen inglés cuando estoy cerca estaría contento. cierto que son algo cerradxs, aunque es entendible, ese país rico pero chiquito, rodeado de árabes, en esa sociedad psicótica, después del largo servicio militar. en fin, las chicas lejos o in-comunicadas, pero bien, con ánimos para ecuatoriar. llegar a lima fue duro: 24 horas de viaje, goteras en mi asiento y falseado el botón del sutil asiento reclinable. me hice amigo de una familia cuzqueña: vidal, el hijo único y sus padres cocineros dueños de un restaurante. me voy porque temo que lean acá en el living que mi abuelo era espía nazi. las limeñas son lindas, más caribeñas. algunas partes son réplicas de recoleta. pero es más amplio, más relajado. mucho gringo tomando pisco sour con morocha brasileña / venezolana / colombiana / arequipeña. una mezcla de palermo y recoleta, más exclusivo. el resto de lima que vi da bastante miedo: miradas hostiles, una gran constitución.

un amigo por mail que hace su doctorado en río de janeiro:

si te rechazan todas las argentinas, lo cual es esperable considerando su mala voluntad para chicos tan bien dispuestos, su perfidia y deslibidinización

práctica son libidinizadas abstractamente sobre el mundo femenino y sobre sí mismas: hay una conexión entre individualismo y trascendencia, un viejo tema cristiano que en las clases medias porteñas caló hondo.

ayer una taxista robó con un arma a una pareja que volvía al hostel. en fin, tengan cuidado al elegir chofer. todo el tiempo suena el timbre y llegan pizzas. por youtube bandas de rock israelíes. la maldición del karma. reencarnarás en tu nieto y convivirás ad infinitum con israelíes idiotizados por una guerra que vos ayudaste a crear. los israelíes siguen mirando series de sony idiotizantes o comedias estúpidas con chris tucker. como si estuvieran en su casa y sus padres y presidentes hubiesen muerto.

la resaca –el hangover– del señor de las moscas.

kurtz murió de grasa y sobredosis, los palestinos quedaron sepultados bajo una bomba H. ¿y ahora que hacemos? la guerra parece que te quema los sesos. los chicos con lentes lennon y pelo largo, o en boxer deambulando por el living porque se les cerró la puerta de la habitación después de ducharse, me marean. trato de practicar mi inglés. so what are you going to do after the war and the holidays? (no sé cómo decir servicio militar y digo guerra). no sé, dicen, pero en unos días me voy a brasil, o algo relacionado con diplomacia, derecho internacional.

esa es la gran pregunta, responden las rubias remilgadas y vuelven su cabeza, dura de crack en un oscuro cuarto del bronx, hacia el gris resplandor de

la tv. videos de chicas brasileras en youtube, el lejano calor de un mundo hermoso pero pobre que no les tocó en suerte y charlas en hebreo por skype con las madres. ansiedad, tensión, nostalgia, winning eleven y ganas de cojer y olvidarse de todo. me siento un testigo en una clínica estadounidense para ex combatientes de vietnam. suerte que mi nuevo amigo abel es enfermero. por supuesto: vinieron los israelíes y no me animé con los chistes nazis pero ya les mandé un advance: él es abel y yo soy caín.

Callao

domingo 25 de enero

*

Esto es una maldita adicción. Como en Buenos Aires. Como viajar. Como otras cosas. Como suplir la ausencia de todo lo que no está. Amigos. Mujeres. Sexo. Humor. Afinidad. Y encima Internet gratis. El hostel es lindo, ya lo dije. En el living, a unos metros, dan The Beach, que es de la línea menor de Boyle (Tumba al ras de la tierra; Trainspotting...), pero no está mal. Walter, el encargado de la noche, es de lo más simpático del hostel. Me decepciona un poco cuando se suma a la masa indiscernible de diálogos hebreos gritones y entrecruzados (además odio que hablen mientras miro una película) Le convidó cerveza Cristal y dice: no, gracias, no tomo ni fumo. Sos como una monja, le digo, pero en inglés (you're like a nun, tal vez el comentario sarcástico me acerque a las impenetrables israelíes). Endogamia y rock autista. Somos como fantasmas entre seres vivos. Y nuestros compañeros argentinos se fueron hace un rato para Arequipa. Con ellos y Abel fuimos hoy a Callao (caiao). Media hora por la costa. Si Miraflores (where we are) es la Miami que quiere ser California,

llena de gusanos y guardias privados, Callao es La Habana. Una Cuba más pobre y afro que Miraflores, un poco más insegura a la noche pero más interesante a la distancia. Autos de los '50, chicas con algún porcentaje de sangre caribeña o africana y más bohemia. Por mail, un amigo tan entrañable como intelectual, me recomienda Barrancos. Será parecido a Almagro o Palermo, imagino en mi alma etiquetante. Dicen que ahí está la bohemia. 15 minutos, 8 soles de distancia. Tomo cerveza del pico mientras la israelí más cerrada y desagradable de todas (¿frígida anorgásmica?) pasa por detrás de mí insultando en hebreo. Cada tanto siento que hablan de mí pero supongo que es paranoia. Abel conversa con una amiga enfermera, toma de su taza con cerveza y ríe. Reír es de tonto mientras se chatea; escribas ja ja ja o te rías in the real way. O no. Y yo soy un reprimido amargado. De todos modos me cae bien su impericia digital. Su desconocimiento de las técnicas básicas del chateo. Hablo con algunas chicas lindas por MSN. Alguna argentina y alguna mitad guatemalteca y mitad peruana. Increíble la cantidad de faltas de ortografía que tienen estos países. Gigantografías con errores ortográficos. La guatemalteca escribe algo largo en su MSN. Lo que recuerdo es que escribe 'desasermé'. Todo un récord peruano. Un graffiti en el hermoso malecón limeño: «hacer el amor es difícil, pero se aprende».

Otro: «este es el mejor verso jamaz ezcrito: la poesía es una mierda».

Una de las cosas que nunca le voy a perdonar a Buenos Aires es la falta de malecón. Supongo que uno se cansa de eso, pero cada tanto te debe dar un aire impresionante.

En fin. Se terminó la cerveza. Deberé volver al Jumbo peruano. Caminar por los boulevards aterciopelados de este barrio de cristal. Barrio Norte con olor a mar y verde. La música electrónica de The Beach se mezcla con el locutor y el off del Winning Eleven y los quejidos en hebrew. Quizás mañana nos mudemos de hostel. Tres soles más por tener cocina, más cosmopolitismo y menos hebreo de 21 años. Mis amigos argentinos que están viajando a Arequipa se fueron hoy con un israelí muy parecido al Fito Páez de los '80. El Fito bueno. El Fito de los '80 es vegetariano y, según los otros argentinos que se van con él a Arequipa, gay. El resto de los israelíes se parecen más a chicos católicos de zona norte que juegan al rugby entre sí y hacen chistes misóginos sobre sus compañeras de colegio. El problema no es étnico ni religioso ni post-traumático, por supuesto. El problema es que salvo un autista peruano con su laptop, la sensual logística del hostel está plagada de gente que habla un idioma inentendible. Podrían ser chinos o suecos cerrados. No tengo ningún problema con ellos ni con las mujeres ni con los chilenos o cordobeses o amigos o escritores o familiares. Simplemente soy un chico muy sensible al sutil rechazo. De todas maneras, el mundo está afuera. No en el aterciopelado agujero interior. No en la cueva masturbante de tu ombligo

anatómico. Life is out there, en el pegajoso consumo de La calle de las pizzas, esa reproducción kitsch de la idiotizante Recoleta-Village, con discotecas donde las chicas te dicen: no deberías generalizar a todas las mujeres y vos ves alejar la posibilidad de estar con una mujer negra porque te parecen demasiadas demandas para tan poco tiempo de conocerse. Una amiga dice que la relación con las peruanas –y con todos los que no son colombianos– es difícil. Distante.

Hace calor. Es un sótano gratuito con una cumbia extraña. Cada tanto te sentís más local porque pasan algo argentino. Bailás con una treintañera y después con su amiga. Baila con mi amiga, te dice la morocha. De pronto una te pide agua mineral templada y otra te dice que es abstemia y que querría agua mineral fría. Te imaginás como un gringo rubio, pelado, gordo y pelotudo inventando cinco formas distintas de servir el agua mineral a cuatro mujeres latinas. Y siempre fuiste bastante tacaño y relativamente pobre (siempre, algo, nos salvará del escarnio).

La líder se enoja. Ves en sus ojos la palabra tacaño. Nombrás una vez más la palabra gringo y creás una susceptible distancia. Váyanse a la mierda. Mejor me quedo en el hostel con mis amigos israelíes mirando películas fallidas de directores que en su juventud tuvieron cierta escocesa lucidez punk. Mi amigo enfermero dice: es un vicio la cerveza. Tomás una y querés más y más. Y así se van los soles. Y las estrellas. Debe ser por la altura, o el estado vacacional o la cercanía de la playa o el calor. Extrañaba el

calor y la ciudad grande. Lima se parece a Buenos Aires pero con más playa y más pobre, con más contrastes, más analfabeta y negra, sensual y latina. Más anti-castrista y más católica. Hoy entré a la iglesia de Miraflores y me sorprendieron los cientos de fieles repitiendo los salmos del cura viejo con cara de hijo de puta. Mi amigo ex católico me esperaba afuera. Salí cantando 'no importa si te gusta Coldplay'.

Trato de sacar la tonada centroamericana. Voz gruesa de negro. Reemplazar la ye y la ll por la i. El vos por el tú o el usted. Disfrazarse. Pasar lo más desapercibido posible aunque por fin seas rubio entre tanta piel oscura. O por fin seas semi analfabeto entre tanta fluidez lingüista del idioma imperialista del cercano Oriente.

Quizás sea un buen día para irse a dormir temprano. Haber dormido varias horas cuando los exaltados compañeros de pasillo lleguen con los ojos inyectados en sangre y convertidos en jóvenes dráculas metan, antes de que salga el sol, algunas incautas trabajadoras nocturnas de la nocturna Lima.

Lima nightlife

martes 27 de enero

*

El tema es que, sí, Lima es peligrosa. La imagen que más recuerdo es estar a la noche en la plaza de Miraflores –la más segura de todas– y tu ‘amigo’ Martín (que dice haberle prestado su celular a un amigo y que no se lo devolvió) se encuentra con un morocho de pelo largo con aspecto de pesado y adopta un tono de súplica acerca de su celular empeñado. ¿Cómo llegás a empeñar o que alguien te empeñe el celular? Ahí volví a sentir miedo. Yo me voy. Me preguntan si necesito compañía hasta mi hostel o hasta un carro y digo no, gracias y empiezo a caminar. Amigos, señores, un placer.

Camino una cuadra, miro que no me sigan y empiezo a correr. Sólo dos o tres cuadras me separan de mi querido hostel en hebreo. Llego y está Abel. Lo agradezco. La tranquilidad de conversar en castellano sin segundas intenciones. Sin potenciales robos. Supongo que es hora de moverse de destino.

Cuando el hostel funciona -primera parte-

miércoles 28 de enero

*

Salimos de Shlabul y caemos en Friend's Home pero seguimos en Lima. En la cocina me cruzo con una socióloga austríaca que trabaja en una agencia de noticias, tiene varios piercings y cocina banana con curry. Y arroz, claro. Nosotros, ya contentos con tener cocina, vamos a algo más ascético: fideos con mantequilla y queso.

Terraza, medianoche. Pierdo al metegol con un compañero indio que tiene un yeso en un brazo. La austríaca se ve que me nota algo psicótico porque me dice:

—Es sólo un juego.

—Sí, ya sé, pero no implica que no esté caliente. Además perdimos 10-9 y ganábamos 7-4 (nuestro mejor momento). Y no todos los días pierdo al fútbol (o al fulbito) contra un peruano y una austríaca. Milton trabaja en el hostel y se parece mucho a Walter, el más copado del Shlabul. El otro ayudante-encargado es un arequipeño con aristas de ladilla. No quiero generalizar pero conocí tres arequipeños y los tres eran insoportables. Una mezcla de limeño y garrapata. Y feos. Pero ejerzamos la tolerancia.

Supongo que debe haber alguna relación con que le hable todo el tiempo de idioteces a la austríaca. Que de todos modos es demasiado nórdica y alta y fría y segura (para el arequipeño y para mí).

Cuando el hostel funciona, funciona así (y esos son los momentos licuadamente encantadores):

Pasó medianoche y suena algún tema pop hindú.

Un cordobés simpático lee de un diccionario alemán-español, que pertenece a la austríaca, alguna palabra alemana al azar. Le muestra el significado en español a uno de los hindúes (son tres) y éste tiene que ayudar a adivinar al resto haciendo mímica. El que se acerca más con su definición, gana. Y la marihuana que me vendió ayer un morocho gordo y de metro noventa en un barcito con aire de secuestro no estaba tan mal. Le digo a mi circunstancial dealer:

—¿Cómo te llamás?

—Hans.

—No, dale, en serio.

Pone cara de cacique enojado y dice:

—Me dicen Hans.

—Ah, bueno.

Los hindúes son muy graciosos. Casi no hablan español ni inglés pero son extremadamente amables y se esfuerzan por comunicarse, con señas, con una mezcla de hindú, español e inglés. Tienen alrededor de treinta años, toman mucho ron con agua y están hace cinco meses en Lima. Estuvieron en Río comprando pantalones y ahora están esperando el llamado del padre de Apu (los cordobeses apodaron al que hace

mímica, el más carismático, Apu). El padre de Apu tiene una empresa de ropa o algo así. Llama, da las órdenes y ellos van a hacer la transacción. Mientras, toman ron y comen huevos pasados por agua. Le digo mi nombre a Apu y cuando él lo trata de decir me río de su pronunciación. Cambia la «j» por la «f» y otras letras más. Pero después le pregunto su nombre y entiendo por qué le decimos Apu. Me recuerda a esos cineastas tailandeses. Apichatpong Weerasethakul. En fin, mañana supongo que habrá que seguir hasta Trujillo y empezar a extrañar a los hindúes.

Cuando el hostel funciona -segunda parte-

viernes 30 de enero

*

nunca estoy en donde quiero estar pero no importa. viajar es la constante adaptación a las comodidades cotidianas. arrancar el disyuntor de la seguridad ontológica y volver desde cero (el cero del rico y ajeno artista, es decir el eterno turista). el cero del local adormecido: cama, ducha, tonada, negocios, moneda, la distancia que me separa de las mujeres distantes, roomates, dueños de casa, almacén más cercano, idiomas distintos de ruido de fondo, teclado. si uno suele masturbarse con circunstanciales roomates, viajando de backpacker / undertaker el recambio es más dinámico. y la distancia. y la dispersión. el amor es masturbación budista: implica la capacidad de masturbarse con cierta sistematicidad (entre 1 y 5 veces por mes) con la misma persona, durante bastante tiempo. o al menos la perspectiva de eso. amor es narcisismo sublimado / mutilado, cicatrices sublimadas en tatuajes, mariposas en gusanos, príncipes en zánganos. viajar es sublimar la contaminación que genera la incomunicación sexual / humana de modo más sano: nueva comida, nueva gaseosa, nuevo plato

nacional, nuevo refresco de hierbas, nuevo menú de mcdonald's, nuevo idiota houstoniano, limeño, arequipeño o santacruceño que quiere ser ronald mcdonald y fracasa. viajar para enamorarte cada dos semanas. en cada hostel y en cada bar con jarra de cerveza. en cada bus y en cada rambla. viajar con la idiota esperanza de que esta vez sí voy a aprender a convivir conmigo mismo. y no soportar la convivencia. siempre fuiste demasiado consumista. y verborrágico. y demasiado friolento al viento helado de la soledad.

toussaint, el belga que escribió sobre la televisión (anagrama, p. 38, 29, 50 soles, librería contracultura, avenida larco 1287, miraflores, lima) dice (y me recuerda a mis circunstanciales amigos mochileros):

“siempre digno y cansado el cuerpo, la misma inquietud en la mirada. ¿en qué pensábamos? ¿de qué teníamos miedo tan serenamente?”

dicen que hay fiesta reggae. no estaría mal.

hace una semana, a las doce del mediodía, salí de la terraza cuzqueña donde me hospedaba y les dije a mis amigos: voy a comprar agua. diez minutos después estaba en el mcdonald's de la plaza de armas entre el suicidio o una mcnífica. salí y una chica me dijo masajes, anímese, amigo. estaba cansado pero tenía insomnio. no había dormido en toda la noche.

acepté. llegué al lugar, la misma volantera me llevó a un cuarto dividido por varias cortinas y mientras se ponía el delantal blanco dijo: sacate toda la ropa salvo la interior, y se fue. dudé, temí por mi salud y mi economía de viaje. al final me puse en boxers y me acosté boca abajo (ladro pero no muerdo y al final a veces me enamoro, como mi amiga doberman de la esquina). música new age y olor a sahumeros y una chica de unos indefinidos quince a veinticinco años te hace masajes por todo el cuerpo salvo el 2% que lo volvería prostitución. el 2% tal vez hable de que la importancia es cuali y no cuantitativa. pensás en invitarla a salir pero sabés que una vez más no va a funcionar. salís y tomás otro masaje. pero este con piedras energéticas. hora y cuarto. esto podría ser una adicción. la nueva volantera-masajista reconoce las esencias que se ven o huelen en tu cuerpo. ya te diste un masaje, ¿no? sí y al que sea mejor voy a volver. la desafiás. te desvanecés pensando que también podrías invitarla a salir. en un momento abrís los ojos y ves a tu volantera-masajista preferida con dos amigas / compañeras de trabajo a su lado. te asustás. chequeás que tu boxer no haya tenido un acceso de exhibicionismo en el lugar indicado. volvés a la terraza y al otro día pensás en los masajes –son las dos y salgo a las cuatro: el tiempo perfecto para un último masaje– pero te vas de cuzco.

ayer pasé por el espacio telefónica y entré. tirarse en los puffs me recordó a los masajes, ojear cuadros de kuitca y otra gente más interesante y más auténti-

camente europea que el argentino mientras escuchás la recopilación de música electrónica y experimental limeña puede estar bien por un rato (gratis, av. arequipa 1255, pero guarda con los datos no chequeados de la lonely planet).

en el espacio telefónica hay un videoarte donde aparecen un hombre y una mujer, sentados uno junto al otro (los dos de frente a la cámara). desnudos, plano medio. en el medio una balanza con varios puñados de sal en equilibrio. el principio de toda relación después del orgásmico sentarse, habituarse al otro. la ecuánime igualdad. pero de pronto uno de los dos empieza a soplar, a mover la balanza y tirarle sal al otro. la sal se agita y deja de salar. será por la altura. o el vértigo que produce la altura. las parejas limeñas se pelean por la calle, el hombre tiene la mirada tristísima y endurecida y la mujer llora. en el video por momentos sopla uno y el otro parece herido / enojado como indígena con la llegada del MAS al gobierno. alternan el poder como en estados unidos y diez minutos –o algunos años– después se acaba la sal y termina la película. lima o the deepest jungle in your mind. mucho pollos y señoras y señoritas tomando sus ociosos tés, sonriendo en los carteles. el tráfico es un caos, bocinas y mozos que te invitan a su movilidad o comedero, el chistoso arequipeño te genera turbulencia mental, la austríaca se va pero le comentás que también vas para trujillo mañana y te dice entonces nos vemos ahí, seguro (segura seguridad ontológica en esas zonas: olivos, punta, río,

recoleta, miraflores, zurich, new york y viena). las personas más interesantes con las que te cruzás son las que más desarrollaron la conexión con los otros y menos la paranoia. las que no temen caer en el lugar común pero tampoco se sienten del todo cómodos en esos lugares. las que en ciertos momentos fluyen con intensidad. las que todavía no se apagaron. quizás cierto tipo de chistoso / joint dé ganas de escribir textos con títulos como “nadie vio matrix”, “no se lo digas a nadie” o “técnicas de masturbación entre batman y robin”.

hoy hojée “técnicas...” y me pareció ingenioso pero fallido: misoginia ramplona, humor barato, católico y conservador. igual hay que leerlo, ojo. ojos tenemos dos o sea que no podemos leer toda la mierda que se escribe, imprime, edita, ocurre o postea. lo malo del mochilero sobreprotegido por la madre (tiende a habitar mayormente en la zona norte de las grandes ciudades, por ejemplo, buenos aires) es que gusta del cuelgue y la paranoia del autista-cool, a lo cerati / aira / spinetta / elton john pero intuye que lo auténtico es lo otro y fantasea con ser más solari / palahniuk / calamaro / waits.

elton john o tom waits. guardia privada o animarte a perder el cepillo de dientes. calamaro es como baily y vargas llosa: empezó coqueteando con el glam y ahora toca como elton john. y el indio es como mollo y petinatto: empezaron zapando con luca, la masividad blanca les devoró una parte del cerebro y ahora cuando miran su reflejo en la ventana de la habitación

sienten la opresión del michael jackson latino en la espalda. autenticidad vs. aceptación. fóbica exigencia vs boberías sociales. negar el mundo porque no vale demasiado para reproducirlo en la soledad con la esperanza de que una vez muerto él te celebre. entregate al mundo, jinete solitario y no dejes de celebrarlo entregándote al reggae. anímese, amigo.

Máncora

lunes 2 de febrero

*

Camino por la avenida de Máncora, unas vueltas y volver, siempre volver. Acabo de ir a despedir a mi amigo enfermero, me puso medio sensible, una incipiente amistad; pegamos buena onda. Y otra vez solo. Estoy en un cuartito con paredes de paja y cama grande, mosquitos, mini ventilador, calor, cerca de la playa, ciudad de moto-taxis, gente morocha, mariscos baratos –no muchos– con abundante arroz. Nunca me sentí más cerca de Tailandia. Aún ninguna chica pero como me dijo un rasta que vendía pipas dobles de marihuana, ya llegará. Próximo destino: Guayaquil y de ahí tres horas a Lobitos o Montañitas. Dicen que son lindas esas playas ecuatorianas pero be careful porque ahí le picó la araña de mar y el agua viva al catalán. Acá muchos cangrejitos en la orilla, rugbiers vestidos de surfers, rubias de Belgrano –futuras divorciadas de rugbiers abogados– vestidas de hippies que tejen pulseritas de macramé.

Mi única interacción con mujer en el día: mesita en la playa (ceviche con filete, arroz y refresco por 5 soles; ella, escuálida ensalada y agua mineral por 8)

Al lado, rubia tejiendo macramé.

—¿Sos de argentina?

—Sí.

—¿Belgrano?

—Sí.

—Tengo ojo clínico.

—...

En fin, quizás no debería haber empezado por ahí. De todos modos era una insoportable. No es mi culpa que se vea a cinco kilómetros que sos una chica de Belgrano que lo máximo que vas a sumarle al mundo son unas pulseritas de macramé (y algunos soles a la economía de Máncora y de Perú en general).

En Perú, buen ceviche, lindas morochas y alto machismo. Escuché como diez veces que los hombres (idiotas idiotizados, abrumados por la nueva igualdad de géneros) le reclamaban a mujeres con distinto grado de intimidad:

—Es que no tienes respeto, eres una maleducada.

Nunca se acusa al varón de maleducado, aunque se dedique a acumular botellas vacías de cervezas con sus amigos, en las mesitas de los bares, como midiéndose los miembros íntimos entre grupos, a ver quién es más viril. Y después caminando en prolongados zig zags, tratando de evitar las avenidas de la humillación.

Entonces, estamos en lo mismo. Tratando de aprender, de bajar la misoginia, de espantar el miedo a la soledad. Desde lejos no se ve, como decía Ciro. O

sí se ve. Algo. No sé qué.

Golpear la puerta de las hermosas suecas que dicen oi oi oi (bueno o algo así en sueco), nos abren todas desnudas y cubiertas con un toallón, nos sacamos una foto y nos vamos a la terminal con mi amigo enfermero. Las suecas en toalla rogándonos que nos quedemos para salir juntos a la noche (es sábado en Lima) pero nosotros somos monjes budistas y tenemos otra misión. De todos modos, la imagen de las suecas quedará rondando en loop por algunos días. Pero es sólo otra muestra de lo que puede hacer la belleza y la inteligencia entre esa nefasta edad de los inimputables 21-23 años. En la ruta nocturna el micro se rompe y esperamos el siguiente, que tiene dos pisos pero no hay asientos, dormitamos junto al baño hasta que subo y me hago lugar en el piso del pasillo. Una gorda de cincuenta años me dice:

—Puedes apoyarte en mis caderas.

Al principio empiezo con timidez pero después el sueño es más fuerte y le tiro toda la estantería encima. No es cómodo, a pesar de que es mullido. Al final me acomodo en zig zag, la salteo y uso la campera de llama, que me compré en Copacabana, como almohada (había comprado una almohada por 2 soles por la ventanilla del primer bus, pero el enfermero la perdió en el agitado transbordo en la oscuridad de la ruta).

Caminamos al mediodía por la playa y nos quemamos bastante. Lima es una ciudad gris, llena de smog, que nos había puesto pálida la piel. Esto es volver a Olivos y agregarle exclusividad y olas y

viento. Los surfers no extrañan el rugby o el fútbol americano y yo no extraño Lima pero un poco a mi amigo enfermero y a mis amigos de Buenos Aires. Habrá que hacerse guapo. Mi amigo enfermero dice que la única manera de conocer chicas es viajando solo. Y que las chicas también deben estar solas. Es un extremista del windsurf. El último día en Lima conocí a dos simpáticos surfistas de New Jersey, les convidé del porro de Hans, después aparecieron en la terraza los hindúes con su inglés cavernoso y su mímica y humor a lo Buster Keaton y a los muchachos de New Jersey se les quebró el volante. Uno repetía de modo catatónico 'snacks, snacks' y el otro tenía la boca abierta y la mirada fija en Apu. Uno era igual a Bart, con la gorrita al costado, rubio y el look skater. El otro parecía tener algunas neuronas más en el disco duro. Yo le decía: Brian, the blue pill, Brian, remember, Matrix.

A la mañana siguiente no estaban, habían comentado que querían alquilar tablas. Va a ser medianoche y voy a salir de este ciber a caminar por la breve avenida de Máncora con mi botella de ron medio vacía. Acá dan ganas de tener diecisiete años, ser local y dueño de una moto-taxi. Es el furor de las adolescentes tostadas, que pasan del brazo de los muchachos motorizados. La movilidad propia (que llegando a la playa se convierte en un cuartito móvil) y el aire en la cara es un afrodisíaco fuerte. Una moto-taxi lleva la inscripción: el buen amante nunca se enamora.

Uno es lo que es: un argentino porteño de cla-

se media –resentido pero algo sensible– con aires de universitario de Sociales que reniega de sus compatriotas de derecha y/o de mayor poder adquisitivo. Dicho así no suena tan mal.

La gente local chatea y usa el Facebook. El MSN y el Hotmail parecen universales (obviously, doctor). Sigo haciendo trabajo de campo. Los mails en cadena y el catolicismo tienen más fuerza en Perú y en los pueblos chicos.

Me voy a tomar un vasito de ron Cartago con jugo de mango. Y que la fuerza nos acompañe.

Viva Chile

martes 3 de febrero

*

Gasto innecesario: 30 soles por una Hawaiian tropic para quemaduras. El pibe de ocho años que me la vendió era extremadamente habilidoso para el regateo o soy un idiota (probably, my dear boy) o la reducción de casi el 50% del precio de lista es tentador para cualquiera.

Ahora sólo me falta alguien que me pase Hawaiian por la espalda (debería haber aprovechado ayer al enfermero –que fuese enfermero era una señal, tal vez–, vencer mi homofobia autista y pedirle que me pase la Hawaiian factor 15 en la espalda). 15 es poco pero soy medio morochón y por algo ando bastante bien salvo en la espalda. Veo el sol y saco el crucifijo, como ante los chilenos o cordobeses post radicales o nenas de zona norte con tostados rubios. ¡Vade retro, satán!

Hoy casi me secuestra el inodoro. Tenía que dejar la habitación a las doce, al fin madrugué (9:30), salí a averiguar pasajes y tuve que volver de urgencia algunas veces. Fue el ceviche o el ron o el mango o la insolación o el picante o el agua de red que te dan con el refresco o los nervios de mi incipiente soledad.

O la mezcla de todo.

No tienen pastillas de carbón pero conseguí algo barato que tengo que tomar cada seis horas. Salgo de la dieta del pescado y vuelvo al poio a la plancha con arroz (viene con ensalada y porotos y caigo una vez más en la trampa del morroncito: era ocoto, ese ají maldito). Papá demanda y escucha poco también por mail: ¿en Ecuador no tienen Internet? No le aclaro que estoy en Perú pero mando señales de humo. El doctor introyectado de mi padre me recomienda una nueva dieta: Gatorade y sombra. Comparo la info nutricional del Sporade (copia peruana del Gatorade) y es casi igual. Sólo me genera desconfianza el 'agua tratada'. Estoy tomando agua de red, ya pasé del otro lado, pero dada mi circunstancial colitis, volveré a la seguridad ontológica de las grandes marcas hegemónicas: Hawaian & Gatorade.

La soledad me devuelve a este maldito antro de simpáticos nerds lunáticos: en Wikipedia dicen que Guayaquil es la ciudad más numerosa de Ecuador. Mamá, después de cumplir su rol de idishe mame (cuidado con lo que tomás y comés que es tu SALUD y bla bla bla) da info simpática: Guayaquil es la ciudad de los chetos y Quito la 'intelectual'. Tal vez intelectual sea un eufemismo para bohemia pero pobre. Guayaquil es más surfer y rubia, eso seguro. El sol se va retirando y yo vuelvo a salir, cual Drácula Gauchito. A los argentinos les dicen ches o gauchitos.

Tomo mi segundo lujoso y solitario Gatorade del día y vuelvo a escuchar la misma musiquita infernal:

—Pero huevón, si tú no sabes nada, esa muñeca no tiene pololo, huevón...

No quiero caer en el chauvinismo teen, pero me sorprende la cantidad de huevones que usan por minuto. Las chilenas deberían hacer un test antes de aceptar sus católicas citas.

● Usted es...

- *Ateo
- *Agnóstico
- *Judío anti árabe
- *Judío laico-progre
- *Católico tibio
- *Bastante católico
- *Pinochetista

● Cree que Bachelet es...

- *Una comunista.
- *Una pinochetista.
- *Una viejita simpática y algo anodina que trata de lidiar entre la centro-izquierda-chic y el lobby de las élites pinochetistas.

● Honestamente, ¿podría decirme cuál es su promedio de HxM (huevones por minuto)?

*

Por otro lado, las chilenas usan bastante poco el mismo término nefasto (tal vez lo usan el mínimo

necesario para no ofender a sus viriles compatriotas). El chileno se parece al peruano o al gringo viejo, de vacaciones, que empieza a tomar a la mañana. El chileno, pisco sour; el peruano, chelas (cervezas) Pilsen, Callao (símil Quilmes); el gringo, Cuzqueña (más parecida a la Warsteiner); y el boliviano, alcohol etílico. Dime qué tomas y te diré cómo es tu economía. Lo que es claro es que la mujer parece ser más trabajadora que el varón: mientras él se dedica a lustrar chelas y su moto-taxi para después ir a dormir borracho en la playa, ella cocina o atiende. Tampoco generalicemos, claro, pero tal vez por ese machismo universal que se exagera en esta querida nación, las diferencias son un poco más marcadas.

Necesito socializar, aprovechando que se nubló me voy a pasear por la feria hippie.

Montañita

miércoles 4 de febrero

*

Ahora, con la soledad toda cargadita en la mochila lo único que queda son las cervezas nuevas ecuatorianas: Pilsener de 600 mililitros, 1 dólar; Club Premium de 300 mililitros, 0,80 centavos de dólar.

Voy con mi Pilsener a la pequeña rambla de Montañitas y me siento a unos metros de dos rubias. Escucho *loco* y otras entonaciones porteñas o de zona norte. Es decir: Palermo, Belgrano, Nuñez o zona norte (ahí al toque).

—¿De qué barrio son chicas?

—¿Eh? ¿Barrio?

—Sí.

—Zona norte.

—Sí, ya sabía... preguntaba de qué barrio.

—...

—¿Olivos?

—Más al norte...

—¿Martínez?

—Sí, por ahí... Beccar...

—Sí, hay mucha gente de zona norte...

Lo peor de las hipótesis barriales-clasistas vinculadas al turismo andino es comprobarlas. Me levanto y me voy. Mi interacción con las mujeres mejora día a día. Lo más cerca que estoy de tener sexo es cuando le pido a la señora del hostel que me pase crema Hawaiana para quemaduras en la espalda. Se pone incómoda y hace un trabajo desprolijo. Esperaba más. El enfermero dice: nunca esperes nada, así es mejor. Quizás haya influido la cercanía de su hijita. Resigné el hostel con vista a la playa de ocho dólares lleno de mini-intelectuales argentinos e israelíes leyendo y opté por uno más alejado a mitad de precio.

Dejo a las chicas ultra-chet baker y compro una Club. Converso con los artesanos que, lógicamente, están demasiado obsesionados con su subsistencia.

Deberé emborracharme una vez más (la soledad es dura, baby). En la aduana me sacan cuatro dólares porque no tenía el papelito que me dieron en la frontera boliviana-argenta (eran cinco pero dije que sólo tenía cuatro: estoy mejorando mi capacidad de regateo).

En Guayaquil, a la mañana, estuve con tres pibes chetos y fumones-tabaqueros con los que viajé en el bus pero me aburrieron: demasiado consumistas y cerebros de tacho. Sus diálogos iban de las drogas a los aéreos y la colitis. Volverán en aéreo por Maracaibo, Venezuela (620 U\$\$; también cierta envidia, claro). Yo me la banco vía terrestre. De última me tomo un bus Lima-Buenos Aires de cincuenta horas que baja por Chile y evito las contrariedades busísticas bolivarianas.

Me encuentro a los cordobeses de Máncora y el más facho y carismático me dice:

—Llegamos ayer... mucho más movido que Máncora. A la vuelta hay un boliche que se pone bueno.

Escucho huevón en un grupo y digo: ¿chilenos? Sí. Yo, argentino. Me dicen que están hace una semana, que se fueron a una playita por tres días a 'descansar'. ¿Descansar? Esto es para descansar. Dicen que la vida nocturna es demasiado agitada. Ojalá. Quiero aprovechar mi maldito cuarto personal antes de suicidarme y reencarnar en Buda.

Guayaquil, sí, un touch chetón pero es como Cuba dolarizada. El promedio de pequeñas Naomi Campbells por kilómetro cuadrado es demasiado alto. No recomendable para gente sensible a la soledad y con tendencia a la condición de loser.

Un mirador chiquito en una parte (estilo Puerto Madero) la asimilación de que todo sea en dólares y lo mejor del día: separarme del grupito de chetos fumones que salen todo el tiempo a fumar tabaco. Irme solo y tomar un bus a Salinas (los de Montañitas están de paro), quedarme dormido y pasarme, tomar otro (nevermind, aprovecho para pasear por la costa ecuatoriana), y ahí uno tipo interurbano que va por el camino del sol, es decir, por la ruta junto al mar.

Viajo parado pero es lindo. Después me siento.

Converso con una ecuatoriana de pueblo que se baja y después con Alexander, un pescador de camarones que me recuerda a Forrest Gump y es muy simpático. Dice que tiene tres amigos argentinos de

MSN. Dudo. No quiero ser el cuarto. El mejor momento del trayecto es cuando el chofer del bus se sale de la ruta (que está cortada por la huelga de Montañitas) y agarra a lo Hollywood por la playa, gira en la orilla y surfea el agua. Me siento en *Máxima Velocidad*. Chequeo con Alexander que este no es el típico camino, que Correa está mejorando las cosas y que Montañitas se pone el fin de semana (una vez más, habrá que ser pacientes).

Ecuador es un poco más caro que Perú y eso atemoriza pero tampoco es para tanto. El litro de cerveza sigue alrededor de los seis pesos y la comida un poco más cara; el precio de estar junto al mar. Miro el atardecer (el sol se pone sobre el mar en el Pacífico; en el Atlántico sólo ves el sol saliendo del mar a la madrugada, es decir; casi nunca).

La gente juega al fútbol, al frisbee, alguno corre, otros muestran su destreza con la pelota, las parejas se miman, las amigas conversan, los amigos se emborrachan y yo camino por la playa atento a no cruzarme con ninguna arañita de mar. De Ecuador me sorprendió la belleza y musicalidad de su gente. La música (bastante buena, o al menos superior a la boliviana, peruana y palermitana) suena fuerte en todos lados: la terminal, los buses (las madres les enseñan a bailar a sus bebés en los asientos), la calle, los negocios. Será esa cosa afro, *je ne sais pas*.

Por momentos hago cálculos monetarios de súper-ahorro pero ya fue, tampoco da para vivir como un hippie ultra-ascético y alguna vez hay que volver.

¿Qué mejor que gastar los dólares emborrachándose? Olvidemos por un rato a todas las mujeres que nos rondan por la cabeza, todos los errores de desamor o sobre-amor que cometimos. Let's get moving into action: me queda una cerveza ecuatoriana sin probar. Dos chicas tan hermosas como chetas-santiaguinas dicen en el locutorio:

—Queremos iamar a Chile.

—01156.

—Bueno.

Entran más chilenos. 01156. Esto por momentos parece la rambla de Olivos o la vuelta al perro por algún shopping exclusivo de Santiago con aires marinos.

Habrá que hacerse amigo de los gringos, los chilenos, los de Beccar, los cordobeses, los hippies adictos al nomadismo o de mí mismo. O habrá que declararse incompetente, como decía algún cantautor cubano. Ninguno me cae demasiado bien pero supongo que así es la vida. Y con alcohol todo se vuelve un poco más blando.

Fin de semana en Montañita

viernes 6 de febrero

*

En mi hostel alejado con hamaca paraguaya en el patio los nenes de la señora pasan por al lado jugando como si fuese invisible. Terminé el *bluff* de Toussaint (*La televisión*): gracias, Fresán, por hacerme gastar 30 soles.

Estoy con *Cartas a un novelista*, de Vargas Llosa, que es medio choto pero tiene buenos momentos (como casi todo, supongo).

Vargas Llosa me recuerda a Quintín (salvando distancias, claro, por algo a uno lo nominan para el Nobel y a otro lo alaban treinta groupies en su blog): de jóvenes los dos hicieron cosas interesantes (algunas novelas; algunas ediciones de revistas y festivales) pero ahora, si bien por momentos dan muestras de mantener su lucidez, se volvieron medio gagá y derechosos (Woody Allen diría que fue el mismo movimiento: estar gagá les atrofió el cerebro y por eso giraron a la derecha).

A los dos les gustaría Máncora y Montañitas.

Estar en el agua azul transparente cuando el sol se mete en el mar es un buen momento: dan ganas

de ir nadando hacia el horizonte. Pero como soy mal nadador, no me alejo de la playa y como soy pobre, hago surf con las manos: viene la olita y me tiro. Traigo agua pero en mis buenas olas tengo dos microsegundos de surfing.

Como muestran los últimos resultados internacionales, los muchachos ecuatorianos son bastante habilidosos en el fútbol playero: fallan demasiado en la definición pero tienen una velocidad y una facilidad para los pases largos y cortos que es asombrosa. Un poco abrumado por tanto despliegue físico, no me animé aún a jugar. Quizás podría atajar pero juegan con arco chico. En Perú, en cambio, el fútbol playero, al igual que su seleccionado, era torpe y sucio.

Ayer fui a correr y estuvo muy bueno. Demasiado atento a no toparme con ninguna arañita de mar (y después en el agua, brevemente desnudo, a no encontrarme con medusas) pero la pasé bien.

Pegué cierta onda con unos alemanes y algún estadounidense. Cuando los alemanes hablan en alemán es duro, pero bueno, trato de llevarlos al inglés. Hoy al suizo (Reto, o algo así, su novia o-no-sé-qué se llama Loreto, dice y se ríe como Beavis & Butthead) le dije english, please. Me miró y me dijo es difícil para mí. Tiene el pecho tatuado de indígenas. En la playa los visita su dealer. Lo conocieron ayer en su cabalgata por el bosque. El tipo planta diferentes semillas de marihuana, que debe ser muy buena, pero los europeos suelen deslumbrarse por el relativamente barato precio de la cocaína. Entonces tienen problemas con

el insomnio y esas cosas. Cuando salís del boliche y te estás yendo a combatir a los mosquitos y a los fantasmas femeninos a tu solitaria cama, te los encontrás en un bar, tomando cerveza tras cerveza. Martín, el alemán con el que más conversé, me ofrece merca pero digo no, gracias. Ya suficientes problemas tengo para controlar mi presupuesto diario en este mundo dolarizado (y con mi tendencia consumista) para sumar al demonio blanco.

Hace dos noches conversamos con unas chilenas de veinte años que sabían alemán. Por un rato me quedé otra vez afuera. Una se llamaba Estefanía (un nombre muy común entre los turistas de acá) y otra Sol Veigh.

—¿Como Timothy McVeigh, el de la matanza de Oklahoma? —le pregunto.

—Eh... sí, sí.

Steffie estuvo el año pasado en Buenos Aires: quiso empezar el CBC para Sociología pero se vio abrumada por tanto activismo político. Iba a sacar fotocopias y le decían que ahí no sacara porque no sé qué. La tranquilizo: no se dedican todos a la política y el izquierdismo: menos del 5% milita. Ahora estudia periodismo en la Universidad Católica, lo que le asegurará contraer nupcias con un potencial potentado niño estudiante de leyes en la U o la Católica y lo que, por otro lado, disminuirá en un 84% su esperanza orgásmica anual.

Un gran momento de anoche fue cuando tocó una banda que me rompió el cráneo. Hoy repite.

En un bar sonaba *Shine on your crazy diamond* así que me senté a probar mi nueva tuquera/pipa (de combustión interna, o algo así). Le di sólo dos secas al material de Hans y estaba en otro planeta. Empecé a socializar con la gente y a entender el lugar. Cuando entré a Cañas Disco había una banda que sonaba compacta y potente y una rubia estilo Sheryl Crow que hacía covers tipo *I feel good*, Marley y otras cosas. Me enamoré. Pero después de tres temas la hermosa rubia con voz de negra se fue y llegó un gordito parecido al Hurley de *Lost* que agarró el micrófono con timidez. Pensé a este lo van a linchar vivo pero el gordo la rompió, nos puso a todos a bailar (yo bailaba solo en la primera fila) con covers como *Santería*, de Sublime, algo de Manu Chao y otras cosas. Podría haber tocado *No rain* de Blind Melon. Algunos, seguramente argentinos, pasaban por el costado del escenario para ahorrar tiempo y el gordo los puteaba. Después pasaron música de mierda estilo boliche de Olivos con arena pero bueno, como dijo alguien, confío en mi *Hans-stuff*, puerta de entrada a todo grupo.

Dos hermanas porteñas me invitaron a tomar coco con vodka en su hostel. Pegamos cierta afinidad insultando a la mayoritaria comunidad turística de Montañitas (argentinos y chilenos).

El viernes trajo mucha población de Guayaquil: una mezcla de raperos puertorriqueños y señoras chetas de Lima. Comí en la calle un choclo buenísimo: al choclo hervido blanco lo pincelan con salsa provenzal, después a la parrilla y después le pasan

otras pinceladas de mayonesa verde y lo hunden en queso rallado. Medio dólar el chiquito. Hay un yanqui llamado Will que se parece a Walt Whitman. Le pregunté si era de Los Angeles y me dijo no, West Virginia. Tiene una larga barba rubia y una sonrisa amplia y relajada. No sé qué me dijo que estudiaba hasta que se dio cuenta de que no quería trabajar encerrado así que se cambió a Agriculture.

*

Ayer me compré una petaca de aguardiente y la fui mezclando con los jugos naturales que venden los puestitos de la calle: tomate del árbol (un tomate más salvaje y dulce), maracuyá, mango y naranjilla. O fueron las frutas raras en exceso o el burrito con mucho jalapeño que me clavé de bajón (no debí seguir el ejemplo de Will) pero hoy al mediodía volví a tener problemas intestinales.

Son las once y estoy sobrio, pero tanta presión social es fuerte. Una señora que hacía jugos me recomendó limonada. Te corta, me dijo. Bueno, dame una. Los alemanes quieren que les abran los boliches de música electrónica que hay sobre la playa. Se van mañana y esperan pasar su última noche bailando como autistas enarenados. Voy a ver si encuentro el hostel de las hermanas (está junto a la iglesia) y espero que me hayan guardado un poco de vodka y coco.

La Hamaca

domingo 8 de febrero

*

Tengo mucha barba, una hamaca paraguaya con un balcón desde donde descubrí que puedo ver el atardecer, ningún espejo, ningún amigo en la ciudad, ningún libro sin leer, algunos dólares, un resto de aguardiente y algo de marihuana limeña.

Llamo a papá, a medianoche, por su cumpleaños.

—Son las tres de la mañana, estaba por acostarme.

—Creí que el cambio de horario iba para el otro lado.

—¿Fuiste al Machu Picchu?

—No, me colgué.

La conversación dura tres minutos y cuesta setenta y cinco centavos de dólar. Supongo que es un buen momento en nuestra relación.

*

Camino por la playa bajo el sol sin protector: me da fiaca, me parece de chetos, no quiero gastar lo último que me queda de Hawaian porque tampoco tengo nadie que me pase crema por la espalda.

Vuelvo a refugiarme en el hostel. Los primeros días leí en la cama o en la puerta de mi habitación, del lado de adentro o afuera. A veces soy un poco fóbico, como le dije a algunas mujeres. Creo que tres días después me animé a subir la escalerita que había junto a mi habitación: hamacas paraguayas y una linda vista al atardecer. No se ve el mar pero se lo escucha (algo es algo).

Una diferencia que encontré con Máncora, y tal vez con los peruanos, es que el ecuatoriano es mucho más relajado. Menos borrachos-trash y más musicales. Mucha hamaca paraguaya en las puertas de las casas y gordos tirados sobre ellas. Parásitos, pensaba. O: vida de pueblo. Hace un rato vi una típica escena local: tres guitarristas cantando (lindo) y en el centro del living dos chicas repartiendo hostias a todos los invitados que estaban sentados con las sillas contra la pared.

Me hice alguna siestecita y pensé idioteces mirando el horizonte. Como la mejor hamaca está junto al cuarto de las holandesas proto jugadoras de hockey, si me hamaco choco contra una bombacha rosa que hay colgada en un palo. Lo bueno es que así extraño menos a las mujeres (y a mami). Leo, tengo pensamientos masturbatorios, duermo, me cuelgo, anoto algo y cuando extraño la presencia femenina me hamaco y toco mi totem de la feminidad perdida: un palo de caucho con una bombacha rosa poco sexy pero muy contenedora. Lo único malo del hostel es la hijita de la dueña: Allison, una morochita insoportable que grita todo el tiempo: ¡Mami! ¡Tommy!

En la siesta soñé que tenía una madre rubia que me esperaba al otro lado de la 9 de Julio, pero como los taxis no respetaban el semáforo rojo y pasaban muy rápido, no podía cruzar. En realidad no era mi madre, estaba con su hijito y me esperaban. Yo era el otro, el extranjero, como en los grupos con los que socializo. Si fuese psicoanalista o paciente podría interpretar mi sueño como miedo o dificultad para socializar, para entrar a la adultez, en fin, para interactuar con rubias y verles su costado maternal. Anoche después de fumar me encontré con las holandesas (hasta ahora no tenía hostel-mates). Conversamos: una trabaja en un jardín de infantes en Quito y la otra estudia español. Una habla bajito y la otra parece la capitana lesbiana de la selección holandesa de hockey (y no gasta mucho en ropa interior). Cuando empezaron a hablar en holandés, les dije: estar en un grupo y hablar un idioma que sólo hablan dos es, al igual que decir secretos, de mala educación. Creo que enfrió un poco nuestra incipiente relación.

La banda del gordo Hurley volvió a tocar anoche. Tocaron covers: *No rain*; *Muévelo* de Los Pericos; *El estudiante* de Los Twist; *Matador* de los Cadillacs y otros temas mejores de los que no sé el nombre. Hay uno muy bueno cuyo estribillo dice:

*Amor pa' ti
amor pa' ti
todo lo que tengo es amor pa' ti.*

*Amor pa' mi
amor pa' mi
todo lo que quiero es amor pa' mi.*

Antes de salir me crucé con el bajista que hace segunda voz y se parece al bajista de *Rage Against the Machine*. Le pregunté si era el líder. Yo le daría más lugar al gordo, la línea estética-ideológica va por ahí. Cuando canta la rubia son una banda puertorriqueña barata, cuando llega el gordo parece que podrían ser la Rage latina. Igual no sé nada de música y me encantó la banda. El pibe me dijo sí, cierto, pero es difícil, gracias.

En fin, con un guayaquileño muy alcoholizado intercambié marihuana por cerveza. El pibe –que por su pesadez en ciertos momentos me recordó al peruano-arequipeño– me decía todo el tiempo maricón o marica. A mí me ponía un poco incómodo hasta que descubrí que es similar al boludo argentino o al huevón chileno. Y el peruano dice broder o huevón también. Creo que, por descarte, el mejor es nuestro boludo y no sé si el peor es el ecuatoriano, o al menos guayaquilense, con esa carga homofóbica que tiene, porque los pibes lo dicen con cierta animosidad.

Mi estómago está mejor pero tampoco cantemos victoria. Todavía no fui de ‘cuerpo entero’, así que mantengamos nuestro conservadurismo culinario (que básicamente se reduce a no comer picantes).

Ya pasó el tumulto guayaquilense por la playa. Montañita es como la Pinamar de Argentina o la

Punta del Este de Uruguay. Tengo que tomar fuerzas y madrugar mañana para volver a Guayaquil y de ahí a Manta o Quito. Dicen que Aerolíneas Argentinas tiene pasajes Lima-Buenos Aires por U\$D200. Suena tentador, sale casi como el bus directo. Tal vez pueda hacer Tumbes (playa: Zorritos) y Trujillo (playa: Guanchaco) antes de Lima. Junto a mí, los argentinos insultan a sus interlocutores por mail. Uno dice: Boca ganó y River perdió y otro: ¿te sacó del Facebook? Y otra: eso no es un mail, es una enciclopedia, y él le contesta a veces sos insoportable. Puede ser. Y un chiste: murió Cristina Kirchner. Si sumamos a los chilenos y guayaquileños, el nivel de gorilismo en esta playa debe ascender a un 90%. La chica a la que el novio acusaba de insoportable está de pie, apoyada sobre la silla de su novio. Sé que se aburríó de comentar los mails de su novio porque dice: qué bueno, salimos en un blog. Me pongo incómodo porque justo acabo de escribir que probablemente su novio tenga razón y ella dice él no es gorila.

—¿Vos sos gorila?— le pregunta ella. Y él, que hace un rato hablaba de que un colega iba a estar insoportable porque le dieron dos cátedras, dice ya no existe esa categoría, ahora todos son peronistas, hasta Macri. Típica respuesta de gorila universitario o proto-intelectual. Maticemos que al menos sigue existiendo un peronismo de derecha y uno de izquierda. Yendo a los referentes más importantes, podemos encontrar muchas diferencias en la gestión K y en la del Pro. Otras prioridades. Otros errores.

Otras omisiones y sí, también, varios errores y elecciones compartidas. También partamos de que la mayoría de los peronistas nunca se fue de vacaciones ni a Chascomús (los sectores populares), así que no nos inquietemos si de pronto, en esta alejada y snob playita ecuatoriana, las chicas que vivían en Flores, y ahora viven en Belgrano, empiezan a tomar clases de surf mientras discuten con sus platinadas amiguitas o con sus gimnásticos novios yuppies si es mejor cenar pizza o camarones.

Quito y la mitad del mundo

martes 10 de febrero

*

Uff. Extrañaba fumar frente al teclado. Maldito diablo blanco. Es el tercer cigarrillo que le pido a japoneses (por suerte no le pedí a ningún occidental) y ayer compré uno, después de cenar un sólido chaw-mien en Guayaquil. Ambas ciudades carecen de subte pero tienen el metro-bus, una especie de colectivo-trolebus-subte que va por el medio de muchas avenidas, con su carril exclusivo. Y podés hacer transbordos, todo por 25 centavos de dólar. Para alguien que quiere conocer la ciudad, es casi ideal.

Me falta cenicero.

Pasé una parte importante de los dos últimos días viajando en metro-bus. Y a la noche diez horas de Guayaquil a Quito.

Hago una pausa para terminar mi cigarrillo, lo apago en el parqué y al tacho.

Hoy llegué a la madrugada, busqué hostales por la zona de la terminal pero parecían nichos de cementerio. Por suerte conversé con una familia (pareja de unos cincuenta años e hija quinceañera) que iban para el centro en taxi, a una dirección de unos

conocidos hermanos de Dios. Por un momento, al entrar al taxi, pensé en una secta, un secuestro, pero el tipo tenía tanta cara de bueno (estilo el flaquito que intenta reemplazar a Santiago Segura en *Muertos de risa*) que me relajé.

Fue un lindo viaje y, además, el doble de Segura no me dejó colaborar. Llegué a una de las plazas centrales (la de San Francisco), cada plaza con su iglesia (tal vez lo que arruina al continente sea el exceso de fútbol, drogas baratas y catolicismo) y encontré el Hotel de Sucre, que está en la esquina de la plaza, con un lindo balcón. Por sólo tres dólares tengo cuarto propio (sin ventana, era la última habitación), living con dvd's, cocina y ducha con agua caliente: un hallazgo. En el lugar hay franceses, alemanes, chilenos, argentinos, algunos coreanos (es un buen modo de empezar una conversación decir que el cine de su país es mi preferido) y muchos japoneses (sí, hablamos de Kitano, Kurosawa y Miyazaki; no les mencioné al otro Kurosawa, Kioshi, porque tienen 21 años y no los vi muy cinéfilos).

Lo que más me gusta de los hostales o hostels u hoteles (en toda la zona andina se llama hostel al hotel y este que dice hotel es más bien un hostel) es cuando tienen cocina y compartís cenas, almuerzos, hornallas y aprendés distintos modos de cocinar. Los chilenos hicieron un muy buen saltadito de pollo y verduras con soja. El cordobés, músico y administrador de campos hizo una sopa con fideos, verduras y algo de carne; muy respetable (no le gustan los

platos de acá, mucho arroz). Los japoneses hicieron sopa y té pero les quiero prestar más atención cuando cocinen, son subrepticios, casi invisibles. Los ecuatorianos hicieron un omelette con mucho aceite, verduras y bananas (tienen una bolsa gigante de bananas verdes).

Todo lo que está en la mesa de la cocina es para compartir. Yo terminé mi aguardiente que compartí con el cordobés y los chilenos (aproveché para practicar lo aprendido en Montañita y me salió un daiquiri más que digno: hielo, naranjas peladas, azúcar, aguardiente (a falta de ron) nada de agua y después colar). En un acto de nobleza lavé durante media hora. Después vino uno de los ecuatorianos-serenos y retó al que había lavado, pero le expliqué el contexto y se disculpó.

Hoy caminé y paseé en bus todo el día. Me pesé por diez centavos de dólar con la balanza callejera de una chica que parecía cieguita pero no lo era. 190, indicó la balanza. Ah, creí que era en kilos. Se agachó y cambió el sistema.

Caminar, comer arroz, sopa y banana durante un mes rindió sus frutos: bajé cuatro kilos.

Fui hasta el centro del mundo pero cobraban entrada. Había una chica en informaciones.

—¿Cuánto sale?

—¿Qué?

Desde que salí de Buenos Aires nadie me entiende. Me recuerda a mis amigos pero peor. Hago preguntas simples, muevo los brazos, a veces logro

respuestas coherentes y a veces sólo me dicen sí, sí, y se alejan (el acento, la barba, mi pronunciación acelerada y turbia, la idiotez de los cerebros sobresaturados de fútbol, potasio, almidón y catolicismo, who fucking now?):

—¿Cuánto cuesta?

—Dos dólares.

—¿Y qué hay adentro?

—Restaurants, tiendas de artesanía, el pabellón de Francia y el de España.

No me interesan los restaurants ni las tiendas.

—¿Qué hay en los pabellones?

—Están las historias de los franceses y españoles más ilustres que visitaron la mitad del mundo.

—¿Sólo eso hay?

—Y un museo etnográfico de varios pisos. Cada piso está dedicado a una comunidad indígena diferente.

—Eso me interesa.

—Sale tres dólares más.

—...

—...

—(Bueno, andate a la concha de tu hermana).

Seguiré con mi tendencia Bartleby: Tiwanaku, Machu Picchu, mitad del mundo. Al único museo que entré fue al etnográfico de La Paz (muy bueno y gratuito). Mantendré mi política de sólo gastar en

alimento, alojamiento, transporte, menta, bebida y algún esporádico tentempié fumable-combinable.

De día parecía Disney. Los japoneses me dijeron que a la noche te atacaban por atrás, al cuello. Too much movies, les dije. Pero a la noche el cordobés me mandó a comprar carne para la sopa y era un barrio distinto: dealers de pasta base (porro venden las negras en el arco), todo cerrado (pero todo: acá los locales de comida –y todo el resto– cierran religiosamente a las 20) y mucho quinceañero morocho y con ropa / harapos al que si le aplicamos el polémico pero empírico método policial de portación de cara y vestimenta podríamos calificar de sospechoso. Querían venderme un pollo por seis dólares pero no, gracias. Conseguí naranjas, a diez centavos cada una, y volví casi corriendo (la imagen de la chica blanca pero medio demacrada comprando pasta base en una esquina oscura me recordó con temor a 21 gramos).

Una de las japonesas viaja sola, tenemos un inglés afín, es linda, va a Buenos Aires (final destination de muchos) y se llama Kioko (sumado a que viaja sola tiene el único nombre entendible / recordable de todos). Lástima que se va the day after tomorrow y va sólo por cuatro días, porque después quiere estar unos días en el carnaval de Río (bueno, en este caso no era final destination). Otros orientales se llaman fonéticamente Talk, Kiao y Mandoriaon. Talk es un viejo que vino hace unos meses y está por empezar algún negocio. El cordobés también. Se va a Colombia o a Italia, a arreglar algo sobre los campos. Colombia

es tentador, estando tan cerquita. Pero son 24 horas más en bus y ya tengo más de cien horas de vuelta (y poco más de cien dólares en el bolsillo). La única opción sería un aéreo desde Lima. Tal vez Ecuador sea un buen u-turn. Escucho conversaciones en japonés y me siento en una de Kitano. En Montañita me sentía en una de Wenders o Tykwer (*Corre Lola corre*) y en Lima en una de Bergman o Moodyson (*Fucking Amal, All Together*).

La prensa amarilla ecuatoriana se deleita por estos días con el caso de una mujer que le arrancó la lengua a su amante en pleno orgasmo. Esa fue la tapa de ayer. Con una ilustración muy sangrienta. Hoy la tapa es:

HABLA LA HIJA DE LA
COME-LENGUA: ELLA LE
ARRANCÓ LA LENGUA
PORQUE ÉL LA ENGAÑABA.

En fin, casi extraño al amarillismo peruano, los entretelones de todos los familiares directos y políticos de Baily y los problemas maritales del Manco no sé qué, una estrella de alguno de los inconstantes equipos de fútbol peruanos.

Lo malo de este hotel es el aislamiento nocturno, pero bueno, no hay mal que por bien no venga. Ahorraremos para lugares menos inhóspitos. Además me viene bien acostarme temprano. Hoy estuve en la iglesia de San Francisco, vi el cuadro más grande de toda mi vida (como 15x10 metros: una reunión híper

numerosa de algo así como una secta, con esa especie de Cura en el centro).

El cuadro ocupaba toda una pared, de esas paredes altísimas que tienen las iglesias. Cada dos cuadras hay una iglesia. Cuando entré a la de San Francisco salía una chica con escote. No pude evitar una mirada poco piadosa. Ah, acostarme temprano. Sí, porque hay un cartel que dice que el Cura atiende confesiones después de las misas de las 7:30 y las 8:30. Trataré de llegar a las nueve.

Bisagra

viernes 13 de febrero

*

conversás con un japonés que viaja hace 15 meses. san francisco, mexico, nicaragua, panamá, honduras, colombia, quito. esta es la bisagra del viaje. la mitad del mundo. colombia o volver. ser o no ser. le preguntás al japonés qué país le gustó más y te dice colombia es un país muy particular, tengo ganas de volver. pero a vos te empieza a pesar la soledad, el nomadismo del viajante que se vuelve costumbre. un cordobés que a veces parece perder la lógica discursiva y se pone a ensayar con el japonés para tocar en bares y buses. creés que la letra que susurra el japonés y su bongó hablan de vos, que el cordobés cuando canta también se refiere, de algún modo relativamente cifrado, a vos. siempre te costó relacionarte con amigos que son muy amigos entre ellos. y además puede que no haya sido la mejor idea fumar ese madurito. ¿o fueron dos? te agarra paranoia y te vas a tu cuarto y dormís con la luz encendida. al amanecer te levantás, apagás la luz y seguís durmiendo. quito empieza a despertar, pero a vos siempre te costó levantarte temprano.

Welcome to the jungle

sábado 14 de febrero

*

ACUERDO SOBRE DOCUMENTOS DE VIAJE DE LOS ESTADOS PARTES DEL MERCOSUR Y ESTADOS ASOCIADOS

La República Argentina, la República Federativa del Brasil, la República del Paraguay y la República Oriental del Uruguay, en calidad de Estados Partes del MERCOSUR, y la República de Bolivia, la República de Chile, la República de Colombia, la República del Ecuador, la República del Perú y la República Bolivariana de Venezuela partes del presente Acuerdo.

CONSIDERANDO

Que es el deseo de los Estados Partes y Asociados del MERCOSUR profundizar las relaciones entre sí y avanzar en medidas que permitan consolidar el proceso de integración regional.

Que resulta conveniente perfeccionar la normativa MERCOSUR relativa a los Documentos que habilitan el tránsito de personas en el territorio de los

Estados Parte y Asociados del MERCOSUR con miras a generar las condiciones para la libre circulación de las personas en el ámbito comunitario.

ACUERDAN

Art. 1 – Reconocer la validez de los documentos de identificación personal de cada Estado Parte y Asociado establecidos en el Anexo del presente como documentos de viaje hábiles para el tránsito de nacionales y/o residentes regulares de los Estados Partes y Asociados del MERCOSUR por el territorio de los mismos.

El tiempo de validez de los documentos del Anexo será el establecido en los mismos por el Estado emisor. En caso de no poseer fecha de vencimiento se entenderá que los documentos mantienen su vigencia por tiempo indefinido.

Cuando la fotografía genere dudas sobre la identidad del portador del documento, se podrá solicitar otra documentación que resulte efectiva para subsanar tal circunstancia.

Art. 2 – A los efectos del presente Acuerdo se entenderá como:

Tránsito: el movimiento de nacionales o residentes regulares provenientes del territorio de alguno de los Estados Partes o Asociados del MERCOSUR, con destino al territorio de otro Estado Parte o Asociado del MERCOSUR, sin que resulte necesario que provenga de su país de origen o residencia.

Residente regular: son aquellas personas extranjeras que accedieron a una residencia o radicación permanente, temporaria o provisoria conforme la legislación migratoria correspondiente del Estado Parte o Asociado del MERCOSUR donde la persona reside, siempre que como consecuencia de ello, la legislación la habilite a ser titular de alguno de los documentos de viaje enumerados en el Anexo de la presente.

Art. 3 – Los extranjeros con residencia regular en algún Estado Parte o Asociado del MERCOSUR podrán transitar con los documentos establecidos en el Anexo, por el territorio de los Estados Partes y Asociados del MERCOSUR, siempre que, por motivo de su nacionalidad, la visa consular no fuese requisito en el Estado al cual ingresa. En este último supuesto deberá utilizar el pasaporte de su nacionalidad y visado correspondiente.

Art. 4 – Las Partes se comprometen a informar eventuales modificaciones de los documentos establecidos en el Anexo y presentar los respectivos especímenes en la reunión subsiguiente del Foro Especializado Migratorio o a través del Estado Parte del MERCOSUR en ejercicio de la Presidencia Pro Tempore.

Quito & the rain

domingo 15 de febrero

*

En Quito llueve sin parar hace varios días. El hotel es un micromundo. Mientras una japonesa tose en la computadora de al lado, pienso en lo que hice hoy: leer un librito mezcla new age y chic-lit llamado «Levantando polvo; manual de seducción para principiantes», de la española que vive en Colombia, Eva Rey; aprender a jugar yogui, ajedrez chino y proponerle a mi fugaz maestro japonés de yogui que mejor lo dejemos y volvamos a jugar al ajedrez (donde no soy el maestro pero es más parejo). El yogui son unas fichitas tipo damas, todas blancas con algo escrito en tinta china. Caballo, alfil, rey, peones. El problema es que todas las fichas son iguales (algunas levemente más grandes que otras) y con un ideograma escrito en japonés. No toleré mi lento aprendizaje en el yogui, la sensación de indefensión, la vida –el juego– sin ningún sentido claro. Esperar sentado a que la muerte –el japonés– te dé jaque mate de alguna forma misteriosa.

A la tarde ver *Terminator III* y *Boarding Gate*, con la mejor dupla dramática que vi en mucho tiempo: Asia

Argento y Michael Madsen. La escena que desemboca en ellos cojiendo es antológica. Una ex-pareja que se reencuentra con la certeza de que no pueden estar juntos. La escena termina con ellos aún vestidos, cuando Asia usa el cinturón de Miles para ahorcarlo. Él sobre ella. Y sí, la película termina en Hong Kong, así que en el hotel es un éxito. Acá la cajita dice «Puerta de embarque». Y Asia Argento, bueno, qué decir. La vimos trabajar con Ferrara en una película futurista y nos enamoramos de ella y su tatuaje (y con Christopher Walken la dupla tampoco iba mal).

Y ayer vi *Tiburón* mientras tomaba café y fue un buen momento. El café me lo convidó un malabarista de Barranquilla que viaja hace cuatro años. On the road. Como no había azúcar, copié su gesto y le agregué banana al café. *Tiburón*, el gran debut spie-lberiano, tiene grandes momentos. El capitán y sus dos obsesiones: los tiburones y la bomba atómica, por ejemplo, y ese momento donde los tres, borrachos, se ponen a cantar en el barco después de comparar heridas de pesca. Al final hago lo mismo que todos los veranos: ver muchas películas. *Tiempos modernos*, en especial la primera parte, tiene imágenes power. Aunque en la segunda parte empezás a extrañar a Buster Keaton, que era menos sentimental y nostálgico. Por momentos extraño pero compartir la cotidianidad –la cocina y el living, ambos con carteles en japonés, inglés y español– con algunos japoneses puede ser raramente simpático. Todos vivimos con un promedio de cinco dólares diarios. De

los cuartos sale el olor a marihuana. La gente deja la puerta entreabierto para no asfixiarse. La vida se vuelve liviana y etérea.

Mañana me voy de este hotel donde el tiempo no pasa. Le agradezco a una amiga que me haya mandado algunos contactos.

Ya les escribí. Uno me volvió, quizás cambió de mail. Me sentí un poco gay invitando a tipos a tomar algo –y reenviando la invitación, con pequeñas variaciones, como alguna vez hice con chicas– pero bueno, ya fue. Pensé en escribirte para que me digas qué poner en el mail pero supongo que era demasiado neurótico.

¿Hola, cómo estás? Soy amigo de..., argentino y mochilero yendo a Colombia. ¿Querés ir a tomar una cerveza o café cuando esté por allá?

Quizás si viviese solo habría vuelto antes. Me pregunto si ir o no a Barranquilla, es demasiado al norte y dicen que es una ciudad de mierda, pero mi tío profe de tenis y su familia viven ahí y supongo que no estaría mal jugar unos días al tenis. El problema es que, después de una infancia relativamente feliz gracias a que pasé mucho tiempo fuera de casa, no soporto los núcleos familiares.

Bogotá

martes 17 de febrero

*

Estoy afeitado y tengo mi musculosa blanca. Soy Rocky IV: salgo de las tinieblas con mi mejor tapado y mis mejores joyas para volver al barrio.

Colombia es maravillosa.

No en el nivel garcíamarquesiano y toda esa estética de mierda; tiene una energía alta y rara. Casi toda la gente es vital, alegre y amable.

Mi primera imagen de Colombia (de diez horas: Tipiales –frontera con Ecuador– a Cali): un mini bus yendo al palo en un camino pre-selvático entre montañas, curvas cada cincuenta metros (o menos), mucho tránsito, una carrera suicida de autos y más mini buses pasando camiones entre las curvas, ajustadamente y en la radio un ballenato que dice

no

no

no voy a morir

*voy a encontrar alguien que me sepa amar
y cuando vuelvas*

no

*no
no me encontrarás.*

El estribillo *no voy a morir* venía bien entre tanto camión, bocinazo y curvas. Junto a mí, Ana, dos hijos, ama de casa. Y a la noche, un momento, digamos, afectivo, en el que no indagaré.

Y a los costados de la ruta vacas, militares, pobres y sólidas latinas. Y llegar a Cali y subirme a un bus a Bogotá y conversar con una hermosa chica que leía un libro llamado *Conversaciones con Dios*.

Ahora estoy en un hostel en el barrio La Candelaria, una mezcla de La Boca y Palermo, realmente muy lindo. Al salir de la terminal tomé un bus y, al bajar del bus, un pibe, Carlos, estudiante de derecho, me acompañó a buscar hostel.

Voy a aprovechar que el café es gratis para darme altas dosis de cafeína.

Bordeando la Matrix

sábado 21 de febrero

*

Un fotógrafo alemán que trabaja hace quince años para la agencia de noticias EFE-Colombia. Alto, pelo largo rubio y canoso. Post hippie.

Una bogoteña que se cae de la silla donde está sentada. Otra a la que sacan inconciente de un bar; Ron, aguardiente, Johnnie Walker y cerveza. Y un atado de Piel Roja sin filtro.

Otro fotógrafo europeo que le saca fotos a las novias modelos de los narcos hasta que está con una. Nadie se entera, pero él se persigue y pasa tres días corriendo por la selva, escapando de sus imaginarios perseguidores. Quizás todo perseguidor siempre sea imaginario.

Un filipino con rastas que da clases de buceo y habla del camino austral, al sur de Chile, con fascinación. Y de unos suizos que hacían veinte kilómetros bajo el agua, cada día, para disfrutar del paisaje.

Este es el camino y el desvío, cantaba mi amigo Batistuta.

Una socióloga bogoteña que trabaja en la administración de mi hostel y tiene un novio antropólogo que me indica cómo llegar al barrio La Soledad.

Un austríaco de cincuenta años, pelo largo canoso y cerca del metro noventa, que tuvo que acompañar al mismo tiempo a uno de sus mejores amigos y a su hermana peleando contra el cáncer. Se salvaron, pero él salió del hospital y se compró un pasaje en barco Hamburgo-Buenos Aires. Dos meses en un buque carguero por dos mil euros. Mil por él y mil por el jeep.

—¿A qué te dedicás?

—A nada. A viajar. A recorrer Latinoamérica con mi jeep. A veces, como en Río, el hospedaje del jeep me sale varias veces más que el mío. Pero voy por donde quiero y a la velocidad que quiero. Si estuviese casado y tuviese trabajo e hijos no podría estar acá.

Los europeos perdidos en Latinoamérica se parecen. La mirada oscurecida y cansada por haber visto demasiadas cosas, como replicantes blade runner que saben que la vida es demasiado corta para trabajar todo el tiempo.

Una mesa en un patio con dos mochileros de Seattle (uno que habla como cordobés porque hizo un intercambio allá), dos de San Francisco, una pareja de australianos flaquísimos y altos y yo.

El de Seattle dice que cuando era chico su viejo le dijo que acababa de perder un millón y medio de dólares en la bolsa. Él no tenía idea de cuánta plata era eso pero se quedó pensando y le preguntó eso es mucha plata, ¿no? Y su abuela le regalaba cada año cien dólares en acciones.

Otro dice que apartó diez mil dólares para este viaje, vendió todas sus acciones antes del crack así que está viajando con plata regalada. Plata quemada en Johnnie Walker y aguardiente antioqueño. Entiendo una pequeña parte de lo que dicen pero comprendo que se refieren a la bolsa y al mercado de valores. Después hablan de Belize, todos estuvieron allá, uno incluso tiene un tío ahí.

Bogotraxx, o la mejor fiesta electrónica de mi vida: un antro con samples de Beastie Boys y Marley mientras en una pared se reproducen imágenes en loop, al ritmo de la música. Todos bailan y toman aguardiente. Una secuencia: Mickey Mouse, un big mac, un billete de un dólar y la sombra de una -la- mujer. La síntesis del mundo en cuatro imágenes que se superponen entre sí. Muchas chicas que me miran con curiosidad. Una a la que le digo soy argentino y me dice no me interesa de dónde eres.

Un estudiante de un pueblo del interior que me acompaña varias cuadras hasta el bar Candenario. Se llama Jeison y está más solo que yo. Le pregunto qué va a hacer el fin de semana y me dice que nada, que todavía no empezó la facultad así que por ahora no tiene amigos acá. Jeison o esperando para nacer en Bogotá.

Una chica de Alaska encerrada en un hostel por su estricto padre republicano.

Un tal Ricardo, de Austin, Texas, que habla de una amiga de Björk que vio en vivo en New York

y le rompió el cráneo. Ricardo vive hace un año en Colombia, está obsesionado con Macedonio Fernández y Borges le parece un huevón lleno de falsedad.

Un bogoteño diseñador gráfico que llora porque un amigo lo insultó y como está en mi mesa trato de consolarlo. Eres un huevón de mierda. Un marica hijo'e puta. Los bogoteños se insultan y me miran. Elijo no opinar por una vez.

Otro bogoteño nacionalista que dice que antes de conocer otros países quiere conocer bien Colombia.

Una negra de cuarenta años que parece de treinta, tiene una hija de veinticuatro con más arrugas que ella y acierta las edades de todos con una asombrosa precisión. Quisiera be shining on her crazy diamond pero you can't always get what you want.

Una paísa que estudia administración en la Nacional y cada dos frases me dice marica. Es fanática de Fito Páez, lee a Hesse, a Benedetti y habla con fascinación autista de Rayuela. Cómo perder la libido en un minuto y medio. Es linda pero demasiado estúpida. My libid is dead. Le digo que entiendo que marica es como boludo, pero que igual podría usar menos la expresión conmigo porque no termino de acostumbrarme.

—Claro, marica, como quieras.

Le digo que a Fito lo secuestró una banda que había visto demasiadas veces 12 monos y que en

su lugar pusieron a un doble con cerebro de simio. Fito ya no es más Fito. Fito is dead. El verdadero Fito vive en una isla desconocida de Colombia, sigue teniendo el pelo largo y le gusta el rock. Pero mi chica marica no se ríe y continúa hablando todo el tiempo, así que digo voy al baño y me escapo por la ventana.

Cali

miércoles 25 de febrero

*

Llego a la madrugada. En la terminal veo a un joven gringo mochilero y le pregunto si podemos compartir taxi. Paga él. Su hostel aparece en la *Handbook South American Guide* (una especie de *Lonely Planet*). Me pongo quisquilloso con el hostel (no tiene tantas facilidades como el bogoteño y sale lo mismo), a la mañana recorro el Centro y encuentro hostilidad: vendedores acechándote a los que no termino de acostumbrarme.

Pase, pase. Siga, siga.

A la orden (que es 'para servirle').

Siento que soy el único turista y todos me miran, saben que tengo más dinero para gastar que el resto pero ya casi no tengo plata y el centro es similar al porteño: cemento, smog, gente. Mal, quiero irme.

Vuelvo a mi barrio palermitano-norteño, Granada, donde todo es más tranquilo. Llamo al primo de un amigo de una amiga. A la tarde me pasa a buscar en auto con su novia y una amiga. Estoy conversando con un suizo en el hostel y deciden invitarlo. Les da pena que esté solo. Recorremos los miradores y

un lugar típico lleno de negros donde preparan los mejores raspados. El raspado no es una de las modalidades del aborto sino un jugo-licuado-ensalada de frutas con leche condensada. Sólido. Y con quince frutas distintas, de las cuales diez no recuerdo el nombre. Algo parecido al maracuyá pero distinto. Esa es afrodisíaca, dicen. Para hoy nos invitaron a una clase de salsa en la Universidad Autónoma. Habrá que ponerse los zapatitos de baile y al día siguiente empezar a preparar las valijas.

Extraño Buenos Aires.

Interview to Kim in Calidad Hostal, Cali

sábado 28 de febrero

*

Kim es una chica coreana viajando por un año por América. Ella dibuja y estudia cine. Como casi no nos podemos entender hablando en inglés, diferentes acentos y ninguno pronuncia muy bien, voy a entrevistarla por escrito. Voy a escribir las preguntas y ella, en el mismo teclado, sentada junto a mí, va a escribir las respuestas.

—So, Kim, what are your favourite places in America?

—Canoa, in Ecuador, the reason why I like this small town is, it makes me feel the SURF.

—What's feel the surf?

—Ummmm, in the Pacific Ocean, the surf is very strong... I mean waves, and... it so, how can I say, can make me watch and listen to the SEA like the first time. Is that enough answer?

—Yes, thanks. And you studied filmmaking and, in case you didn't have noticed, in Buenos Aires there are a lot of korean movie's fans. What's your top five of asian movies?

—First, Memories of murder (Bong Joon-ho), Palwolui Christmas (1998) also known as Christmas

in August (Jin Ho Hur) which is my best, Janghwa Hongryun (Jiwoon Kim), sorry I can't remember all the english title maybe I'll tell you later.

—Did you watched or read some film or argentinian novel/book?

—Not actually, I just read Motorcycle Diaries and watched Evita and that's all but I love the movie Happy together, which was filmed in Buenos Aires. You taught me a lot of movies, so I really want to watch those films.

—And your top five of asian novels?

—Listen to the wind's song, (Murakami Haruki's first novel) and Sheep chasing (also Haruki's), Go (Kaneshiro Kazuki), Tae-baek-san-maek (Jeong Rae Jo) and Coin Locker Babies, the best of Murakami Ryu's books. He is more famous in Japan than Murakami Haruki.

—How was, until now, your itinerary?

—Let's see...

NRT, airport in Tokyo;

LAX, airport in Los Angeles;

JFK, airport in New York: 7 days;

Lima, 4 days;

Cuzco, 4 days;

Ollantaytambo, 1 day;

Machu Picchu, 1 day;

Puno, 2 days;

Lake Titikaka;

Amantany Island;

Tranquill island;

Tacna, I crossed Chilean border by train, 1 day;
Arica, get to love being in beach, 2 days;
Lima, again, Miraflores, sleepless night, 1 day;
Trujillo, night bus;
Tumbes, night bus;
Machala, in Ecuador, night bus;
Quito, saw Curious case of Benjamin Button
twice, which makes me feel and deeply cried, 4 days;
Ibarra, 1 day;
San Lorenzo, 1 day;
Esmeralda;
Sua, scream of children, which I hated, 1 day;
Canoa, wave, which I wanted to stay more, but
lack of cash, 1 day;
Manta, petty robbery, 1 day;
Montañita, 1 day;
Guayaquil, 1 day;
Cuenca, 3 days 'what is essential is invisible to
the eyes';
Ambato, Toro ball, 2 days;
Tena, waterfall and butterfly, 2 days;
Quito, again, couldn't see the basilica, met lady
in embassy, who suggest me just to keep going, 1 day;
Tulcan, sleeping in the border line, in a police
car (patroll?), 1 day;
Ipiales, Colombia, take a bus to Popayan, made
first bargain when negotiated bus fare, met señora
María, another rich lady, who bought me big lunch,
a guy who gave me various coins of Colombia for just
a souvenir, a guy wanting to practice English.

Popayan, wanted to talk with little bit more, but couldn't hold it, which makes me little bit uncomfortable. Do I need to do? Or just let it go, 1 day;

Cali, zoo, Slumdog Millionaire, judo class, depressed me so much because of me using such an awful japaneses art, 1 day.

—And which are the first five words that appears to you when you think in Latin America?

—I wanna be with you.

—Me (smoking my last cigarette)... me too, I wanna be with you.

—And with Argentina? Five words?

—Be realistic but dream impossible. (NO thanks, ja ja ja).

—Well, another misunderstanding, different accents in our imperfect english. But, we in Buenos Aires believe a lot in psicoanalis, like the hole Sigmund Freud's stuff, so I want to believe that maybe it was your inconscient talking.

—Yeah... right. Maybe I didn't want to make myself understood... ¿Quizás?

—Like In the mood of love's soundtrack says, quizás, quizás, quizás... Well, last question, going back to cinema: Why kidnapping and revenge are topics in so many korean movies?

—I'm not sure but in Korea actually kidnapping is very unusual, which means our country is quite safe place to live, so that's why we are so afraid of kidnapping, maybe it's because of our strong relationship inside family. I'm not sure, before you

talked to me, I didn't notice that, thanks for making me think.

—Thanks very much to you, Kim. Please to meet you. And I hope that we can share another moments (talking or whatever) in another city.

—Thank you for sharing coffee and invited me to a nice party. And lots of lists of books and movies as well. Have a nice and safe trip.

—Well, you too. But not too safe. I really want to be kidnapped by a korean girl like you.

Chical

martes 3 de marzo

*

En Ecuador se acaban las matemáticas duras para calcular cuánto salen las cosas y volvemos a los dólares. Easy. La gente es más seria y menos dada pero está bien, tampoco cambia tanto. Colombia es muy linda y la gente también salvo por un pequeño detalle: el 98% de la población son católicos, lo que convierte al hermoso país caribeño en una nación de Flanders. Me gusta Colombia pero extraño a Home-ro y a Barney.

Paso la frontera Colombia-Ecuador con un suizo muy pulcro y perfeccionista. Después del huracán ca-leño supongo que ambos extrañamos esa implosión de vida pero poco a poco nos vamos acostumbrando a nuestros habituales humores europeo-porteños. Serios y algo apesadumbrados por salir de Colombia, el humor comienza a emerger. La mochila de Johann es grande, suiza, dividida en mil compartimentos, ultra-ordenada. Yo, barbudo, con una mochila sucia y des-ordenada, una remera que no me cambio hace tres días (necesito un laundry), soy su némesis. Estamos en un ciber en Tulcán, minutos antes de tomar un bus

a Chical (su tío, que vive acá, lo recomendó) y me dice:

—Te envíe un email —en ese robótico acento europeo. Pausa.

—Sí, ya voy —le digo.

Alternamos el inglés y el español de modo aleatorio (ambos queremos practicar el idioma ajeno). Voy a tomar una cerveza, dice, te espero en la estación. Okey, dale, ya voy.

Si me raptan las FARC y sobrevivo, escribo un best seller de crónicas. O una novela. En la frontera colombiana hay un poster estilo 'Buscado' (Wanted) y las fotos de generales y coroneles de las FARC. Algunos están tachados con birome azul o negra, una X. Desmovilizados, muertos o presos, quién sabe. Casi todos parecen tener cara de buenos.

Chical es un pequeño poblado que está a 102 kilómetros de Tulcán. La carretera entre la capital carchense y esa parroquia permite el ingreso de ciudadanos colombianos a más de 20 comunidades del país vecino. En los sectores de Tallambí, Chica Andina, Nulpe, entre otros, frente a Chical, tiene predominio la guerrilla colombiana de las FARC. En esos sectores no existe presencia policial ni militar.

Desde hace tres años han sido identificadas, en esas jurisdicciones vecinas, plantaciones de coca, razón por la cual el ejército ecuatoriano asentado en los destacamentos de Maldonado y Chical ejerce estrictos controles para evitar el ingreso de cemento, gasolina y otro tipo de precursores utilizados para el procesamiento de la coca.

El planeta de las piñas

jueves 5 de marzo

*

Estoy por irme hacia abajo, hacia el sur, empezando a volver, pero no quiero pasar por Quito (miedo a la pasta base y al cordobés psicótico del Hotel Sucre que me manda mails esquizofrénicos: ¿por dónde andás?). El suizo Johann va para Chilcán porque se lo recomendó el tío (que vive en el eje cafetero colombiano, exporta café a Suiza, en cápsulas, porque allá solo toman café express y en cápsulas). Como creo que es hacia el sur, lo acompaño.

Después de cuatro horas de andar en bus por las montañas, llegamos. En la mitad, en el páramo (similar a lo que describe Rulfo), hace un frío terrible. 4200 metros sobre el nivel del mar, nubes o niebla, roca, yuyo y piñas (ananás). Parece una superficie extraterrestre: el planeta de las piñas. Cientos y cientos de piñas hasta el horizonte, hasta el cielo, hasta los picos de las montañas. Héctor, el improvisado guía que conocemos allá, dirá: yo cultivaba piñas hasta que todos empezaron a cultivar piñas y ya no fue negocio; un día estaba al costado de la ruta para venderlas hasta que llega mi comprador y me dice: la

piña se abarató, sólo te puedo dar cinco centavos por cada una, me dijo, y eran piñas así, enormes, así que me dije no, dejo las piñas, y empecé con esto de las orquídeas.

Pero antes del ladrón de orquídeas (*Adaptation*, Jonze, 2002, guión de Kaufman) y su orquídeario-museo, llegamos a Chilcán.

Ya estoy atemorizado por estar cerca de la frontera y de la selva: Chilcán es un pueblito de 400 personas rodeado de niebla, montañas pre-tropicales o pre-selváticas, con un aire a Coroico pero con el fantasma de las FARC al otro lado del río. Y además los medios de comunicación no llegan, salvo Televisión Caracol, colombiana y Radio Caracol, ídem, que transmiten noticias anti-guerrilla todos los días.

Al mejor estilo Hollywood de penetración ideológica, a las once, después de la exitosa tira 'Tito, el argentino', programan 'Sobreviví a las FARC', que es la odisea de un tipo en la selva durante tres meses. El único sobreviviente, según la voz en off, de un contingente de doscientas personas.

Veo un cartel en la placita principal: Chilcán limita con la parroquia Maldonado hacia el oeste, con la parroquia San Juan hacia el este, con Ibarra hacia el sur y hacia el norte con... Colombia. Qué extraño. Cuando pregunté si el pueblo era peligroso –antes de subir al bus– me dijeron que no, que peligroso era nada más cerca de la frontera. Conversamos con Johann. A un amigo de mi tío, me dice, lo secuestraron las FARC durante un año.

—¿Y? ¿Cómo la pasó?

—Duro, bajó cincuenta kilos.

—Bueno, quizás le vino bien.

—Sí, era gordou.

—¿Ves? Ahora debe estar más sexy.

El secuestro es la segunda fuente de financiamiento de las FARC: venga a la selva y disminuya en un 50% su masa corporal, aprenda técnicas militares, interactúe con los indígenas, siéntase un guerrillero revolucionario y todo totalmente gratis, el tratamiento lo pagan sus familiares.

Chilcán tiene dos calles, la principal y la del río (un río angosto de tres metros de ancho).

—Disculpe, ¿cuánto falta para la frontera?— le pregunto a la anciana del hotel donde nos hospedamos.

—Ahí es Colombia, cruzando el río.

Ahora entiendo por qué tuvimos que mostrar dos veces los pasaportes y dejar todos nuestros datos en los retenes militares. Somos los únicos turistas. Después de cenar en la única fonda del lugar, caminamos las cinco cuadras del pueblo. Al volver al hotel, en la esquina, vemos asomarse por una ventana a un gordo en camiseta sin mangas, esposo de la encargada:

—¿Ustedes están en el hotel?

—Sí.

—¿Y qué hacen tan tarde afuera? Entren y váyanse a dormir.

Son las nueve pero acá se acuestan temprano y empiezan el día a las seis. El primer bus hacia Tulcán

(el pueblo fronterizo con Colombia) pasa a las cuatro y a veces hay uno a las tres. No hay mucho para hacer más que eco-voley en cada placita, que es un voley de tres personas por equipo, con la red más alta.

Escucho golpes en mi puerta. A Johann le gusta madrugar. Ya voy. Por alguna razón estoy viajando con una especie de Jaime (el robot del Agente 86) que tiene muchos dólares y no sabe regatear. De ojos claros y lentes Dolce & Gabanna de 500 U\$\$, me dificulta regatear los precios.

Me dice: en Navidad, en Suiza, me emborraché tanto que perdí mis anteriores anteojos de 700 dólares; pensaba venir de visita un mes a Colombia y creo que me quedaré hasta el verano, julio.

Estoy por decirle dejame hablar a mí (let me deal with the sellers) pero para qué, no va a cambiar demasiado. Salgo a la calle y lo veo de sport. Dice que lo único que hay para hacer acá, según su tío (que es un loco de la guerra, 60 años, casado con una negra de 28 y que cuando vino a Chical cruzó el río y se volvió por el monte hasta la ciudad donde vive), es caminar quince kilómetros hasta la ruta.

—¿No se te ocurrió algún mejor modo de tratar de cruzarnos con las FARC? Caminar quince mil metros bordeando la frontera-río parece el mejor.

Caminamos y no pasa nada.

Llegamos a otro pueblito donde nos encontramos a Héctor que nos convida plátanos, nos muestra su finca con flores exóticas (orquídeas). Johann, de

más joven, tenía orquídeas en su cuarto pero a su madre no le gustaba el olor.

Héctor nos invita a un galpón donde el hermano y sus peones (3,50 dólares el jornal; 5 dólares máximo) fabrican panela. Johann saca muchas fotos. Le digo que tiene buen ojo, que podría colgarlas en un blog o flickr, pero dice que no quiere mantener más cosas, con el mail y el Facebook tiene suficiente.

Los morochos obreros del monte tiran las cañas en una máquina trituradora que extrae el jugo, pasan por cinco grandes calderas calentadas con leña y después se depositan en moldes para ser vendidos en las ciudades. Nos convidan panela y jugo de caña. En la finca vemos diversas frutas y flores. A la boa que tiene no la encontramos (por suerte). Nos muestra una planta de coca y los cultivos camuflados que hay al otro lado del río. En Ecuador ellos se preocupan porque la gente de la comunidad no cultive coca, porque eso trae todos los problemas, pero del otro lado del río sí cultivan. Héctor dice que sus hermanos eran campeones interparroquiales de Eco-voley. Yo comento que jugaba en el colegio (cada tanto algo tengo que decir, ya que no sé nada de orquídeas). Sus hijos viven juntos en un departamento grande y orgiástico de Quito (15 la hija, 17 y 18 los hijos: qué bien deben pasarla) y nos muestra una cabaña hermosa que le vendió a una italiana trabajadora social que se casó con un ecuatoriano psicólogo. Ocho mil dólares por un campito y la asombrosa cabaña (con madera de cedro, pino y

limoneros). A Johann se le abren los ojos como dos huevos fritos de cartoon.

—Barato.

—Sí, ¿no? —dice Héctor— igual como mis hijos al principio se oponían, les estoy construyendo una a ellos. Además, se las vendí a cambio de que hagan trabajo social para la comunidad y me quedé con un cuarto.

Nos muestra fotos: la italiana es una rubiecita muy linda y el psicólogo, bueno, será un negro muy sensible, amable e inteligente. Tienen una hijita, una mesa de ping pong, una parrilla, una pequeña biblioteca semi-pública con algún libro de Borges y Hernández y ahora están en Quito. Como en la escuela de enfrente no los dejan participar, hacen talleres los sábados para adolescentes de bachillerato que vienen de diferentes pueblos.

Un rato después Héctor tiene que hacer algo en la comisaría y nos deja con su vecino (casado con la hermana gemela de su mujer), que es el maestro del pueblo. El maestro nos lleva a la cascada, que se llama El Sueño del Duende Vago. Antes había que pasar por la cascada para ir a la escuela y algunos alumnos que no habían hecho la tarea se quedaban a dormir ahí. Cuando el profesor salía a buscarlos con el cinturón y los encontraba en la cascada, ellos decían que la culpa era del duende, que los había encantado y puesto a dormir.

El profesor nos cuenta sobre la producción de cocaína al otro lado del río. El Plan Colombia (financiado por Estados Unidos) está fumigando todos los

campos que planten hojas de coca (y algunos otros) salvo los que están a menos de veinte kilómetros de la frontera, para no afectar a Ecuador. Esta medida vuelve a estas tierras buenos lugares para cosechar coca. Y algunos campesinos, sólo con nafta como acelerador y alguna cosa más (como el secreto de la coca cola: alguna cosa más... coca) fabrican cocaína de modo casero. Mil hojas de coca, un gramo. Media hectárea de plantas (de la peruana, que tiene hoja grande y es más rendidora que la boliviana), un kilito de merca. Las FARC vienen y se las compran (primer fuente de financiamiento de la guerrilla).

—¿Precio?

—Un millón trescientos mil colombianos. Lo que equivale a 600 dólares. Sesenta centavos de dólar el gramo.

El problema, como siempre, es transportarla. Es decir, si en Suiza, por ejemplo, el gramo se vende a 70 euros, tenés una rentabilidad de 140 veces más que el costo (aproximadamente). Y eso si no cortás, es decir doblás, por ejemplo, el 95% de pureza de la coca a la mitad. Casi nadie se dará cuenta. Johan dice que el año pasado, en Colombia, tomaba diez gramos todos los días. Le digo que creía que con esa cantidad te morías de sobredosis. Dice que tuvo que dejar de tomar por problemas del corazón. Dejó de mirar televisión (y le regaló a sus padres su tele de 4000 dólares), dejó el tabaco (yo volví, pero estoy tratando de dejar) y dejó la marihuana: fumaba todos los días, todo el tiempo, desde los catorce años y además tenía unas

trescientas plantitas en el bunker de su casa, porque en Suiza toda casa tiene su bunker-anti-atómico. Tiene dos amigos que poseen dos mil plantas cada uno y hacen un millón de dólares al año: allá la marihuana está tratada en Holanda y es muchísimo más potente que acá, dice. A la mula que va a Europa le pagan mil dólares: sale el jueves, deja -o caga- todos los kilos que tiene adentro (vía estomacal, vía anal) y regresa el lunes. Eso si sobrevive, o si no la detienen.

La heroína en Europa es más barata que la coca por la cercanía con Afganistán (rico en amapolas) y por la facilidad para ingresarla a Europa, mucho mayor que la coca latinoamericana. Los indígenas, especies de chasquis o comerciantes, que tenían que atravesar todo el frío páramo, durante ocho horas, llevaban en el cinturón una especie de riñonera: cuero de testículos de toro donde ponían una pasta de cocaína y banana. Cuando sentían frío o cansancio, untaban la pasta con el dedo y se la pasaban por los dientes.

Chilcán es un pueblito rodeado de nubes, una parada en el camino al purgatorio, o al cielo, y si cruzas el río tal vez entres en el infierno. Al igual que con el cine y la literatura en papel, el problema es la distribución o socialización.

Y la ambición, claro.

Lo que genera muertes es la ambición del campesino por ganar más dinero.

—¿Y nunca vinieron las FARC acá? —le preguntó a Héctor cuando vuelve.

—Una vez, hace un tiempo estaban de farra, tomando aguardiente y bailando y una mujer coronel, la tesorera, agarró la plata y se vino para acá, a Ecuador. Se quedó en uno de los pueblitos de más abajo, cerca de acá. Y los de las FARC vinieron a buscarla. Nosotros no nos metemos, ellos solos resuelven sus problemas. Si ayudamos a los militares o a la guerrilla, tenemos represalias de los otros.

La tesorera debe estar en el purgatorio, supongo (los dioses no se deciden: ¿de qué lado del río debemos ponerla?). Yo, por otro lado, no la puse en ningún lado del río, pero bueno, al menos dejé de consumir tanta Internet. La vida es mejor sin porno. No podría decir lo mismo del sexo.

La casa de Héctor, donde nos quedamos la segunda noche por seis dólares (dormimos en las cómodas camas de sus hijos), queda en Maldonado, un pueblito aún más chico (300 personas) que Chilcán, a media hora. En el living hay libros de Lenin y Guevara desperdigados (se incomoda cuando le pregunto sobre sus lecturas subversivas).

Las chanchas madres y sus chanchitos están por todos lados y son muy tiernos (en el doble sentido). A la noche sopa y, de segundo plato, arroz, plátano frito y un bisteck grande pero finito y duro. En la mesa de al lado, junto a la TV, un gordo que parece duro de merca y su joven ayudante, hacen un relevamiento de las poblaciones fronterizas para el censo nacional del 2011. Conversamos un minuto sobre el INDEC. Poco simpático y agresivo el gor-

do, deben ser los efectos colaterales de la cocaína. El ayudante dice algo bajito y el gordo dice: modula, habla como hombre.

Me siento interpelado (nunca fui bueno para mo-du-lar). Pido otro cuchillo porque este no sirve para el bifecito insípido. Comer carne vacuna fuera de Argentina es como quedarte varado en la mitad de los Andes y tener que comerte a tu novia anoréxica: dura, llena de nervios y seca. Las gorditas son más gustosas. El sabor está en la grasa, no en esas vacas resacas, muertas en vida por comer yuyos en el páramo.

El fantasma vuelve.

Tratando de dejar de fumar eternamente, más ansioso, neurótico y tartamudo que nunca... pero con la magia intacta para el fútbol. Hoy devolví una pelota perdida, con un pase de quince metros, un necesario pique y al pecho de un niño de ocho años. Un segundo de destreza argentina. El fútbol es como andar en bicicleta y tener sexo (esperemos).

La magia está intacta.

Después de una semana en Cali

sábado 7 de marzo

*

Probar carne fuera de Argentina es comer tiritas de bife angosto que dejaron al sol en medio del desierto durante una temporada. Alguien encuentra los pedazos resecos, sin sangre ni grasa, puro nervio la carne y el traficante, que los revende a un restaurante chévere. El dueño del restaurante piensa unos minutos mientras fuma un Baltimore o un Lucky y le da un papelito al pinche para que lo escriba en el pizarrón de la entrada con su mejor letra: Carne argentina en promoción.

Llego a mi hostel preferido de Lima: Friend's home. Milton, el simpático encargado de la atención los fines de semana, me regala mi sobrenombre con una sonrisa: ¡Milkhouse!

Dejo la sucia mochila y voy a la terraza. Tirado en un sillón, el simpático indio. ¡Apu! Lo veo más flaco y deprimido. ¿Lo habrá dejado su novia limeña? Me dice que no, que todo sigue igual, bien. En la cocina me sorprende ver a una pareja de mediana edad tomando cerveza de litro.

—¿Hay cerveza de litro acá?

—Sí, argentino —dice Milton— ¿no te acuerdas de todos los margaritos que tomaste?

Los países se me confunden. Creí que margaritos (chela de litro) sólo había en Argentina. Acá prima el porrón.

El taxista con dientes de oro me recuerda a *Gato negro, gato blanco*. Conversamos. Me deja en el aeropuerto, donde compruebo que no es tan fácil conseguir un vuelo a última hora. Si logro relajarme (relajarse, qué utopía: veintisiete años de neurosis heredada que le retransmitiré a mi dulce proge: ¿tener hijos o cultivar marihuana?, he ahí el dilema universal), puedo llegar a disfrutar el sábado limeño.

Lima, again

lunes 9 de marzo

*

No encuentro vuelos low cost para volver por aire. Lima es como Bogotá o Cali pero sin la alegría caribeño-brasilera. La limeña es como la caleña pero sin siliconas. Salgo a tomar unas cervezas con un escocés y el indio Apu. Tomamos una en un bar lleno de prostitutas. Apu conoce a todos los que trabajan en el lugar y está obsesionado con encajarnos la promo: chica + cuarto por cien soles. Le comento al escocés que lo que no me gusta de estos lugares –y de la prostitución– es la cara de aburrimiento de esa chica: una linda limeña que baila con un gordo desagradable. Ok, nadie disfrutaría de ese momento, pero al menos ponele acting. El problema es que ese gesto de desagrado se les graba en la cara y después lo sufrís vos, que tratás de ser día a día un poco más agradable.

Life is life, baby.

El escocés vive en un pueblito cercano a Glasgow, es ingeniero eléctrico y se dedica a instalar sistemas de calefacción en colegios y baños. Por momentos le entiendo, por momentos tiene ese jodido acento cerrado tan similar al irlandés.

—What?

—Bla bla bla.

—What?

—Bla bla bla.

Me doy por vencido. Ok, digo y sonrío, como los bolivianos que no entienden nada de nuestro acento y dicen sí, sí, a cualquier cosa.

No pienso gastar cien soles o pesos en quince minutos de indiferencia desnuda. El bar parece lleno de extras, todas actrices de reparto esperando para entrar al stage.

Aburrimiento y tristeza. Shalinder, el indio, está insoportable, pero me despierta cierta solidaridad así que le convido cerveza y tabaco. Fumo algunos cigarrillos por noche. Y de pronto también de día. Maldita sea. Prometo dejar en BA con la compulsiva técnica de las mentitas. Y algo de running. Confío en poder. Confío en sufrir. Aguantar. Extraño la sonrisa renovada de mamá, la ducha a metros de mi cuarto que es vieja pero no me da patadas cuando levanto los brazos, como estas precarias duchas eléctricas.

Juanita, la administradora del hostel, se va a vivir a New York. Le propongo conversar en inglés. Practicar. Nivel básico. Peor que el indio amigo de Apu (realmente todos son muy parecidos a Apu). En la terraza, antes de que llegue el escocés, me convidan un vino blanco mendocino barato y ron con agua. Apu pone una canción india en su celular y conversan en indio. Me siento en una película extraña. Trato de participar en la charla pero es difícil. Sin embargo, entiendo el

tema, no sé cómo. Alcohol y dinero. El amigo necesita un préstamo para comprar más ron, recibe plata en tres días. Con el escocés me siento en una película de Boyle, alguna de Loach o Sheridan. Las primeras, siempre las mejores. Le comento a James, the scottish, que Boyle siguió el típico camino del cineasta talentoso: un principio potente con *Tumba al ras de la tierra* y *Trainspotting* y después en Hollywood se fue a la mierda. Como Wenders y Tikwer y Salles o Weir después de *The Truman show*. ¿Qué sale juntándolos a ustedes dos?, les pregunto a Apu y al escocés. *Slumdog Millionaire!* El indio no entiende nada y al escocés creo que no le gusta el chiste.

Salimos a buscar un bar normal. El problema de Lima, digo, es que nunca sabés cuándo una chica es prostituta y cuándo es una chica 'normal'. Entiendo que es un trabajo pero quiero un poco más de humanidad. Necesito tiempo. Necesito amor, como decía Klaus Kinski. El escocés quiere otra cerveza. Una linda morocha con acento español nos invita a un bar. Entramos y está vacío. Los domingos la gente descansa, es universal. Le pregunto de dónde es.

—Barcelona.

—¿Y qué hace una catalana acá?

—Me enamoré.

—Suele pasar —digo— los europeos que se quedan a vivir en este continente se enamoran de alguna persona o de alguna ciudad.

Como los indios que viven hace meses en este hostel de Lima. El escocés no lo entiende. Mucha

gente vive en hostales. Como el profesor de surf que tiene un cuarto propio acá con una tele de cuarenta pulgadas y cama king size. Quizás sea más barato que un hotel. O más lindo. A la noche me quedo en el pasillo del hostel leyendo una novela de Vonnegut en inglés. No entiendo demasiado pero estoy obsesionado con mejorar mi inglés. Extraño que me entiendan un poco más que acá. Y el humor de amigos intelectuales y los chistes de mis amigos cuando dejan de ser intelectuales. El non sense y el cinismo porteño. El fantasma de Oliver, mi perro muerto, que aún ronda por la casa. La escueta sonrisa de mi padre. La seguridad ontológica-bacterial que encuentro en mi inodoro. Mi edipo. El sexo. Mi cuadra. El miedo que me genera el oscuro marido de la hija del dealer muerto de la cuadra. El supermercado chino de la otra calle y las discusiones ininteligibles que salen y entran del teléfono inalámbrico mientras la lectora de precios hace su reglamentario ruidito. El jamón más barato que tenga el boliviano de la fiambrería que está al fondo del supermercado chino y un Fargo que no esté muy vencido y mayonesa (si es posible Hellmann's) y una película en verano. Y una chica que no moleste demasiado pero que cada tanto se porte mal. Leer en mi baño, aislado del mundo.

Un irlandés ronca y le tiro una almohada. Sorry, le digo. Es alto, temo que se enoje. Do you want that I throw you back?, me dice. Ok, thanks. Me la devuelve. Amable el irish. Al rato ronca el viejo limeño al que a la tarde le gané una partida de ajedrez y después

empatamos. Con el empate me quedo contento, me dijo. Simpático. Después perdí en una plaza contra un limeño que jugaba por dos soles. Tarde o temprano perdés el invicto. Como no tengo ángulo para tirarle almohadas al viejo (él está en la marinera de al lado pero abajo y yo arriba), le muevo la cama marinera, como si fuese un bebé que llora en medio de la noche. Vuelve a roncar. Lo hamaco más fuerte y por fin reina el silencio. Al otro día robo yogur de la heladera y vuelvo a probar la leche evaporada: una delicia, es como leche cremosa premium. Pero viene en envase chico, claro, es como un litro concentrado en un cuarto. Almuerzo ceviche y pescado a lo macho (otra vez el machismo, también en el arte culinario) y el fantasma de la salmonella recorre mi estómago. Pregunto obsesivamente si el pescado y los mariscos son frescos. Sí, el pescado llega los lunes y martes. Digo, lunes y jueves. ¿Esa duda es honesta o descubre la mentira? Después de comer me siento pesado y con algo de jaqueca. Fumo. Termino mis Hamilton (un paquete de cinco cigarrillos). Junto fuerzas escuchando *Life is life* en el blog de un amigo. Transpiro mi nueva remera turquesa 100% cotton. ¿O es rosa oscuro? No sé cuál es el problema con tener una remera rosa, de última. Además tiene letras negras, dice “Los muertos” y “live fast, die young, Los Angeles, CA” un lugar común que le da cierta virilidad. Mi remera es un buen soundtrack para las últimas páginas de *Less than zero*.

Mi contacto con Buenos Aires es el mail, el puto Facebook y algunos blogs. La vida continua sin mí.

Mami y mi ex psicólogo tenían razón, no soy el centro del mundo. Viajar en avión en trayectos cortos es de burgueses con panza y maletín o de europeos caretas. I'm going back home, mamma. Me voy al barrio La Victoria a buscar un bus a Cuzco o a La paz en la Cooperativa Flores.

Oruro

jueves 12 de marzo

*

Fiebre de pollo y Warcraft en Bolivia. Mucho colegio y universidad privada. O al menos usan uniforme. Eso de la educación laica queda para Buenos Aires, La Plata, Rosario y Cochabamba (y algunos lugares más, claro, pero no Colombia ni Ecuador ni Perú, donde cunde el catecismo hasta en el ciclo universitario).

Empiezo a viajar con un ecuatoriano y un colombiano. Una noche se suma un peruano y dos brasileños. Vamos a cenar en Copacabana y parecemos una reunión under del Mercosur. Como soy el único que conoce el lugar, por un rato hago de guía-negociador de precios. Tiene labia el argentino, comentan. Voy con Joao, el brasileiro de Porto Alegre, a mirar habitaciones. Le pregunto por la señora que lo acompaña (él tiene veintipico y ella como sesenta). ¿Es tu madre? No, es mi mujer, estamos casados hace nueve años. Ah, suerte que no se lo pregunté a ella (casi).

Zuleika tiene cincuenta y cinco años, es una rubia gordita con mucho carisma y dice que no se arrepiente de nada. Joao tiene veintinueve y es gracioso.

Es un lindo grupo. Al otro día vamos a La Paz. Cocinamos pastas en el hostel El carretero, converso con otro ex rugbier y con una pareja que iba a mi secundario. Los de otros países se van a dormir y nosotros nos quedamos en un cuarto recordando personajes de Capusotto y Alberti. Al alba empezamos a bostezar y cada uno a dormir a su habitación.

Al día siguiente nos separamos. Muchos suben, otros se van para Oriente (Santa Cruz) y yo bajo. Oruro y su limpio tren es un bluff. Llego un día antes y no hay pasaje. Recorro el mercado. Hago shopping boliviano. O mi regateo se oxidó estando más cerca del caribe o ya estoy cansado. Muchas veces nos atascamos.

A la noche voy en micro a Ulluni porque a Villazón ya no hay nada directo. Por suerte me compré un reproductor musical que trae nueva música. Sí, welcome to the ipod world. Esperemos que dure. Un gasto innecesario pero algunas oportunidades usadas –colombianos desesperados por llegar a Buenos Aires que te venden un buen aparato de Apple a buen precio– no se presentan todos los días.

El colombiano es tatuador, bogotense y tiene todo su brazo izquierdo tatuado. Cerca del hombro, en el clásico lugar del ancla del marinero, una fecha y una guarda. 22 de febrero de 1990.

—¿Qué eso? ¿Tu cumpleaños?

—No, el día que asesinaron a mi mamá. Era sindicalista.

—Ah.

Back in BA!

lunes 16 de marzo

*

Y si la monotonía del momento era tan sólo aparente se debía a que yo era consciente de que precisamente en el espacio doméstico, en el hogar, es donde el viajero empedernido se juega realmente la vida, la capacidad o la incapacidad de amar y construir, de tener y dar felicidad, de crecer con valentía o agazaparse en el miedo.

Enrique Vila-Matas
Dietario voluble

Llego a Buenos Aires. Update con madre. Entraron a casa ladrones y no robaron casi nada, salvo el monitor. Maldita sea. Estaba enamorado de ese venerado bicho plano. Supongo que es como con las mujeres. Recurramos al consuelo de pensar 'el próximo será mejor'. Pasaremos de LG a Samsung o Sony. Pero la evolución implica algunos días de abstinencia. Voy a la comisaría, hago la denuncia, la policía dice que un tipo estaba por casarse, entraron a su casa y le robaron toda su ropa escocesa.

Recibo un mensaje: “Casi no pude dormir. Por favor borra de tu blog todo lo que refiera a drogas sobre mí o mis amigos. De inmediato. ¡Gracias!” Borro nombres. Lo malo de que mi línea paterna sea nazi y la materna judía es que alterno todo el tiempo entre el sadismo y la culpa. No es la primera vez que me piden algo así. ‘Al menos cambiá los nombres’, es algo que me dijeron varias veces.

Ando en bici. Pienso en ir a correr pero en un rato tengo fútbol. Y los últimos meses estuve fumando y haciendo poca actividad física. Compró agenda. Evaluó tamaño, color, precio, comodidad, diagramación del día y la semana. Laicismo. Claridad. Simple, agradable y rápida de usar. Compró dos: una azul italiana para el escritorio y una de bolsillo para ir al puto Centro. Hablo por teléfono. No encuentro a mi hermana. La llamo, me llama, la llamo. No uso el celular porque no tengo crédito y la tarjeta que compré me recomendaron no usarla. El kioskero amigo me dijo que después de las doce hay descuento del 50%. Horarios que se superponen. Tres actividades en la facultad y dos a la misma hora. Tránsito. Mujeres lindas que me miran, las miro, se van. Suele pasar. Amigos que no están o están hiperocupados. Necesito a mis amigos. Al menos a los buenos. Los que me hacen bien. Los que tienen una combinación de lucidez, afinidad y valoración positiva de las cosas (y de mí) que me ayuda a avanzar. A sobrevivir. Hablo con un amigo que me cuenta de enfermedades raras. Furia, síntomas

potentes y extraños que se cronifican en la gran ciudad. Necesito a mis amigas y a mi hermana. Presencia femenina joven. Me encuentro con mi amigo médico en la calle y me cuenta que tomó otro trabajo sumado al de su guardia. Es decir que verlo es casi imposible, salvo el sábado. Maldito workaholic. Comenta que otro amigo está en Europa con su novia madrileña. Se van a Porto unos días. Envidia.

Mi habitación es un caos. Suciedad y muchos libros inútiles. Me cuesta desprenderme de las cosas. Necesito plata. El banco cerró. Voy al cajero. No recuerdo los códigos y contraseñas de las tarjetas y cosas que no usé durante todo el verano. Tardo un rato. Le pego por instinto. El cajero automático me cobra 15 pesos. La ciudad repele. No recordaba que mi celular era tan feo. Lástima que no me lo robaron. Fuera del ajetreo de recuperar los números, hubiese sido una buena oportunidad para volver a Nokia. En la comisaría digo que también me robaron el celular. Simple, ascético. Como el Explorer. Como los días pesados en la ciudad. Arrancaron una reja del patio. ¿Cuánto tiempo estuvieron trabajando? Me cuesta pensar que menos de una hora. Podría haber sido peor. Vivo en Buenos Aires.

*

Mañana tengo que ir al Centro. Necesito alcohol. Y/o actividad física. Madre saca un cigarrillo de esos de señora de zona norte, un Virginia Slim. Le pido uno.

Me mira mal. Vuelve a guardarlos. Tomemos mate, dice y sigo cebando. Vos me tentás, le digo.

Discutimos. Volver a ver a madre es como volver a encontrarme con mi primera ex. La tensión empieza a subir. La ebullición llega en un rato. A la distancia pensás va a estar todo bien, al menos por unos días. Un rato. Pero voy a volver a dejar(te). Tabaco. Madre. Porno. Efectos de la ansiedad urbana: apegarse a objetos fálicos infantiles disfrazados de sensualidad onanista y madura. Necesito buscar nuevas remeras, roomates, horizontes, consumos. En mis buenos días soy bastante fuerte. Necesito dejar lo malo, lo que me mantiene atado al pasado, a los tics adolescentes. Tal vez pueda. Si la ciudad, la neurosis y el edipo me dejan.

Llamo a un amigo. Mis amigos, mi patria. Mi familia, mi cárcel. Mamá pone rejas y alarma. Dice que no implica apoyar las marchas contra la inseguridad. Lo entiendo, seguimos siendo de centro izquierda. Vuelvo a fumar. Poco. El crecimiento es latente. Mi amigo –el que me instó a dejar– me dice: si no estás preparado, no estás preparado. No sufras. Nadie quiere sufrir. La gente en la ciudad está más ocupada y más neurótica y más a la defensiva. Pelea con hermana. Reconciliación. Lo malo de las peleas es la cantidad de tiempo y energía que te demandan. Me carcome la culpa. El orgullo es un muro. Por suerte mi hermana lo atraviesa y mañana tomaremos mates. Seguidilla de personas cercanas que se pelean con sus parejas. El verano es duro. Demasiado tiempo libre. Preparo un

asado. Mi hermana dice que volví alterado del viaje. Trato de no ponerme a la defensiva. Voy al río a andar en bici. Trato de no perder tan rápido la calidad de vida ganada afuera. Frenar la contraofensiva de la neurosis. Paranoia. Inseguridad ontológica. Encierro. Salgamos afuera. Wake up slow and stay together. Se viene el primer fin de semana en la ciudad. Necesito enamorarme. Ser autosuficiente. La vida pasa mientras estás concentrado en todos tus errores y los errores de los demás. Lo que falta y lo que hay. Enamorarse quizás sea concentrarse en lo que hay. Valorar a quien tenés enfrente. Dejar de ser tan malditamente puntilloso. No es la palabra pero por algo viene. Pivoteo entre la dejadez, la indiferencia emotiva y la exigencia intelectual-estética. Soy uno más. Estamos todos demasiado concentrados en ser perfectos. Bueno, todos. Yo. Los otros no sé. Algunos, tal vez. Por lo pronto trataré de ser buen anfitrión, expresar cosas envolventes, ser menos eyectivo, gastar menos palabras. Tengo que animarme a pasar un período de estrechez.



| el autor |

Joaquín Linne (Buenos Aires, 1981) fue canillita, limpiador de piscinas y encuestador. Estudió cine, es sociólogo y docente-investigador en ciencias sociales. Participó en diversas antologías de cuentos y está terminando de escribir un libro de ensayo sobre las relaciones sexoafectivas en la era de las redes sociales.

contacto
joaquinlinne@gmail.com

| agradecimientos |

A Pablo Ali, Matías Castelli, Diego Erlan, Matías Gómez, Ariel Shalom, Carolina Sborovsky, Hernán Vanoli y Florencia Angilletta.

Y a mis padres y a mi hermana.

Todos importantes para hacer este libro.

Quién creó el signo tipográfico que utilizamos en este libro

Frederic William Goudy

Nació en Bloomington, en 1865.
Falleció en Marlborough, en 1947.

Finalizados sus estudios en la escuela Shelbyville High School en 1883, trabajó como registrador en la oficina inmobiliaria que poseía su padre en Hyde County. En 1887 se trasladó a Minnessota y dos años después a Chicago, donde comenzó a trabajar como oficinista en una librería local. Posteriormente ingresó en la editorial A.C. McClurg, en el departamento de libros raros y tuvo la oportunidad de entrar en contacto con las mejores imprentas inglesas del momento, entre las que se encontraban Kelmscott, Doves, Eragny y Vale. A lo largo de esos años Goudy aprovechó las posibilidades que le ofrecía su profesión para aprender los secretos de la imprenta y la tipografía. En 1895 decidió fundar, junto al profesor de inglés C. Lauren Hooper, una imprenta propia que bautizaron con el nombre de Camelot Press. La nueva empresa editó una revista llamada Chap-Book, que tuvo una vida efímera

y solo consiguió permanecer un año en circulación. En 1896, la imprenta diseñó su primer tipo de letra, el alfabeto denominado Camelot, que vendió al Dickinson Type Foundry.

En 1903, Goudy, su esposa y Will H. Ramson se embarcaron en una nueva iniciativa empresarial y fundaron Village Press, en Illinois, pero cinco años después se produjo un incendio en el negocio y lo perdieron todo.

Goudy se vio forzado a trabajar de nuevo como registrador y en 1916 fue profesor en la Asociación de Estudiantes de Arte.

Finalizada la Primera Guerra Mundial, decidió reabrir Village Press, esta vez en Forrest Hill.

En 1920 fue nombrado director de la Lanston Monotype Machine Company. Cuatro años más tarde se trasladó a Nueva York y, molesto por el modo en que las fundiciones comerciales trasladaban sus dibujos hechos a mano a la técnica mecánica, creó en 1925 su propia fundición para controlar el proceso y grabar personalmente sus matrices. En esta ciudad fue profesor universitario durante dos años.

Village Press permaneció en activo hasta 1938-39, cuando sufrió un nuevo incendio que destruyó la editorial, el estudio de diseño y grabado de tipos, la fundición, el taller de composición, la imprenta y

el taller de encuadernación. Quedó inutilizada toda la maquinaria y se quemaron todos sus dibujos. Según el propio Goudy, tanto la continuidad como los logros de esta empresa, se habían debido a su esposa y compañera de trabajo, Bertha Goudy.

En esta ocasión no tuvo fuerzas para empezar nuevamente de cero. Decidió dedicar su tiempo a la lectura y la escritura y, después de abandonar su cargo como director de la Lanston en 1940, se retiró.

Historia de una chica que se enamoró de un pez * Daniela Pasik | *Poesía para Gerentes* * Lucas Oliveira | *Los perros de la costa* * Federico Levín | *Autogol* * Sonia Budassi – Federico Levín – Loyds – Ignacio Molina – Natalia Moret – Paula Peyseré – Javier Quintá – Ricardo Romero – Julia Sarachu – Juan Pablo Souto – Diego Vigna | *Memoria Falsa* * Ignacio Apolo | *Breviario o el oficio religioso* * Leticia Martin | *Pura sangre busca establo* * Lucas Oliveira | *Los próceres* * Diego Vigna | *microcentro* * Tatiana Depetris | *Elephant Talk* * Pablo Ferraioli | *Lejos de casa* * Lucas Villamil | *Jam Session* * H. R. Malkiel | *El Antidoto de la Cobra* * Andrea Sacchi Caldara | *El filo de las cosas* * Rosana Laura Canosa | *Asteroide caliente* * Florencia Benson / *Vacaciones* * Emma Clit

los títulos nunca se agotan:
encargalos desde el sitio web
o nuestras redes sociales.



/ funesiana



/ funesiana



/ funesiana

catálogo



**Misoginia latina
de Joaquín Linne**

primera edición funesiana en pdf

fue trabajada con la familia de fuentes
“Californian FB”
en diversos tamaños
y formas

y se ha terminado de diseñar el día 26
de octubre de 2020 en una jornada de
enorme felicidad porque en Chile ganó
el SÍ en el Plesbicito Nacional 2020 que
implicará una reforma de su Constitución
Nacional.



Tiene el pecho tatuado de indígenas. En la playa los visita su dealer. Lo conocieron ayer en su cabalgata por el bosque. El tipo planta diferentes semillas de marihuana, que debe ser muy buena, pero los europeos suelen deslumbrarse por el relativamente barato precio de la cocaína. Entonces tienen problemas con el insomnio y esas cosas. Cuando salís del boliche y te estás yendo a combatir a los mosquitos y a los fantasmas femeninos a tu solitaria cama, te los encontrás en un bar, tomando cerveza tras cerveza. Martín, el alemán con el que más conversé, me ofrece merca pero digo no, gracias. Ya suficientes problemas tengo para controlar mi presupuesto diario en este mundo dolarizado (y con mi tendencia consumista) para sumar al demonio blanco.

